Antología Vol. III

CRÓNICA, CUENTO, MICRORRELATO, POESÍA Y RELATO

Editado por

José Higuera López
Dejanira Alvarez Cárdenas



FILNYC
FERIA DE LA INTERNACIONAL DEL LIBRO CIUDAD DE NUEVA YORK
CUNY
Mexican Studies INSTITUTE

Antología Volumen III: Crónica, cuento, microrrelato, poesía y relato.
Feria Internacional del Libro de la Ciudad de Nueva York, 2023

Editado por José Higuera López y Dejanira Alvarez Cárdenas
fil.nyc@lehman.cuny.edu
250 Bedford Park Blvd. West Bronx, NY 10468. Carman Hall | Room 241

© de la antología: CUNY Mexican Studies Institute, 2023
© de la presente edición: Smol Books, 2023
© de la imagen de cubierta: Molesko Studio, shutterstock
© del diseño editorial: Smol Books, 2023

ISBN-13: 979-8-9861524-1-7

Impreso en México

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial, excepto en casos de citación breve en reseñas críticas y otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor. Para solicitar permiso, escríbe a: fil.nyc@lehman.cuny.edu

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, distributed, or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or other electronic or mechanical methods, without the prior written permission of the publisher, except in the case of brief quotations embodied in critical reviews and certain other noncommercial uses permitted by copyright law. For permission requests, write to the publisher to: fil.nyc@lehman.cuny.edu

Antología Vol. III

CRÓNICA, CUENTO, MICRORRELATO,
POESÍA Y RELATO

Editada por José Higuera López
y Dejanira Alvarez Cárdenas

FILNYC
FERIA DE LA INTERNACIONAL DEL LIBRO CIUDAD DE NUEVA YORK
CUNY
Mexican Studies INSTITUTE
B SMOL OKS.

Índice

Prólogo **11**

I Premio Concurso de Relatos Smol Books *Escribamos el aborto* **15**

CRÓNICA **25**

Crónica rocanrolera de un tiempo: corriendo por el bordo **27**

CUENTO **31**

Anamorfosis **33**

Detector de voz **35**

Olfatear el miedo **39**

Las últimas vacaciones **43**

El hospital de muñecas **47**

Moscas **51**

Era la vida, eso era **55**

Vestido de novia **59**

Mateyo **63**

Mariposa **67**

El abuelo **71**

Luz de domingo **75**

MICRORRELATO **79**

Soy turista de mi mente **81**

El regreso **82**

[quiero hablar a mi ritmo] **83**

Hora del baño **84**

Paseaba por el centro de la ciudad… **85**

POESÍA **87**

mi experiencia en el amor **89**

como instrumentos de dioses **91**
Mujeres **96**
Poemas, de Barbarella D'Acevedo **97**
De lo que significa vivir y no solo permanecer viva **104**
Rutas de Villa El Salvador **105**
la palabra, mi arma **108**
Trance **112**
Rumichaca **113**
Poemas, de Jacobo Molina **114**
Poemas, de Zoila Morell **117**
Pega-mente **120**
Basquiat en clave de plaga **121**
El sudor como golpe **122**
Poemas, de Alejandro Reyes **123**
Poemas sueltos o hilvanados **126**
Poemas, de Valeria Silva Valderrama **129**
Oración a los santos oníricos de mi altar agnóstico **130**
RELATO **131**
Autoficción **133**
Familia **137**
Las vidas de Magda **141**
No fue un sueño **145**
Apocalipsis **149**
Vacaciones de sexto grado **153**
Recobré la vista **157**
Virginia **163**
Petite plaisance **167**

Prólogo

Irma Gallo

Creada por iniciativa del Instituto de Estudios Mexicanos de CUNY, la Feria Internacional del Libro de la Ciudad de Nueva York es el espacio por antonomasia de la promoción del español en la ciudad más vibrante y cosmopolita de los Estados Unidos. Un español que se mantiene vivo y cambiante por las muchas migraciones que componen el entramado de la metrópoli y cuya vitalidad se ve reflejada en la expresión escrita de la lengua; no solo en el terreno de la literatura sino también en los de la academia y el periodismo.

La literatura producida en español en la ciudad de Nueva York y el resto de los Estados Unidos, pero también la que se está escribiendo en América Latina, el Caribe y España, se dan cita en la FILNYC, encuentro entrañable que ya se ha vuelto un referente en el escenario literario, académico, periodístico y cultural de la costa este.

Con el lema «El español, entre la resistencia y la memoria», la quinta será, sin duda, una edición enriquecedora, en la que predominarán la reflexión y el diálogo, la inclusión y la diversidad, como ya nos tiene acostumbrados la Feria Internacional del Libro de la Ciudad de Nueva York[1].

En este intercambio de las muchas maneras de hablar, pensar y escribir el español, la FILNYC, en su quinta edición, continúa con el indispensable trabajo iniciado en 2020 de publicar una antología que recoge los textos cuidadosamente elegidos por un comité editorial que entraron a concurso en los géneros de crónica, relato, microrrelato, cuento y poesía.

[1] 21-24 de septiembre de 2023.

En este, el Vol. III de la Antología de la Feria Internacional del Libro de Nueva York, se dan cita voces noveles con plumas de mayor trayectoria; todas dibujan un panorama de la diversidad en temáticas y experimentaciones formales con que se escribe en español en la actualidad.

Solo un texto resultó seleccionado para este volumen en el género de Crónica. Con el título de «Crónica rocanrolera de un tiempo: corriendo por el bordo», Obed González nos transporta al ambiente *underground* de las periferias de la Ciudad de México a finales de la década de los setenta. Tiempo y espacio en que la precarización pegaba menos duro, cuando se escuchaba la música del Tri, se miraban los murales de Tepito Arte Acá o se caminaba por el bordo del Bordo de Xochiaca, ciudad basurero, durante una madrugada, atreviéndose a soñar en la posibilidad del amor.

En el género de Relato, en cambio, la selección de trabajos fue mucho más amplia; los ocho textos dan cuenta de la variedad de temáticas y propuestas estilísticas: la pequeña aventura de una escritora por encontrar la inspiración para su novela viajando hasta el lugar en que vivió Marguerite Yourcenar en Maine, «Petite Plaisance»; la historia de una mujer del campo a quien la costura salva de una vida de trabajo duro a la intemperie, contada desde la voz de su hija; el relato de los últimos momentos de una mujer que recuerda una vida de pérdidas; el diálogo entre un escritor fracasado y su «conciencia», un hombre que no puede concretar lo que llama un relato de autoficción; la interpelación de una mujer a su primo adicto por el daño que causó a toda la familia entrando y saliendo de prisión; la aventura de una mujer que decide dejar una vida supuestamente ideal para cumplir un sueño; la épica de una migración indocumentada, entre otras.

Cuatro textos resultaron elegidos en la categoría de Microrrelato: un recorrido por los caminos de la memoria; el empoderamiento de Manuelita en su verdadera identidad de género al recorrer tiendas de la ciudad; el cambio de piel de alguien que toma un baño; el regreso de las ánimas que se perdieron en una fotografía.

El género de Cuento tiene más representatividad, con doce textos que van desde el relato de la transformación de un padre muy callado y tímido, hasta el del regreso de otro padre, brutal e hipócrita, de la muerte, pasando por la experimentación formal del lenguaje en un cuento sobre un pequeño llamado Mateo que vive entre dos idiomas; el deseo de Navidad de un joven que, en plena pandemia, quiere despertar en un cuerpo distinto; la aventura de una pareja por los lugares de la ciudad de Nueva York que han inmortalizado el cine y la literatura; el recuento del dolor que la indiferencia de una madre le produce a su hija; una pequeña aventura de libertad de una madre que se siente cuidada en exceso por su hija adulta; el descubrimiento de una mujer en un cuarto secreto del hospital de muñecas de su barrio; el preámbulo de una boda que le recuerda al protagonista la importancia de las relaciones en los pequeños detalles; o la trampa a la que recurre una mujer para que su esposo respete su sueño.

Finalmente, en el género de Poesía fueron seleccionados veinte poemas o conjuntos de poemas, cuyos autores despliegan un amplio y variado espectro de temáticas y propuestas formales.

La identidad, el cuerpo, la frontera, el paso del tiempo, la representación queer y negra, los santos de cada quien, la precarización, el saberse y decirse mujer, la provocación de la lectura, un homenaje a Alejandra Pizarnik, la belleza en la oxidación de un plátano, la pesadez de la rutina inamovible, entre muchos otros, son los temas que inspiraron a los poetas en lengua española cuyas obras pueblan estas páginas.

La Antología Vol. III de la Feria Internacional del Libro de la Ciudad de Nueva York llega a manos de sus lectores para deleitarnos una vez más con la variedad y riqueza de estos textos inéditos de narradores, cronistas y poetas de esta vasta patria que es el español.

Solo nos queda disfrutarla.

Irma Gallo
2 de julio de 2023

Cielo estrellado

Yosselin Islas

I Premio del Concurso de Relato Corto de Smol Books: «Escribamos el Aborto»

Jurado: María Julia Rossi, Irma Gallo y Dahlia de la Cerda

Estoy sentada en una silla blanca a campo abierto, con unas hojas en la mano que contienen un mini resumen de mi vida, frente a una fogata que apenas logra mitigar el frío de la madrugada. Escupo un monólogo motivado por una explosión de sentimentalismo de bajo presupuesto y culpas cimentadas, mala costumbre de la familia mexicana promedio de imponer religiones basadas en la sumisión y el masoquismo celestial. Justo en este momento me pregunto qué hice para llegar aquí. La verdad es que esta situación parece tan irreal que todo dejó de tener importancia cuando vi que tenían que acompañarme al baño para que no me fugara o suicidara, es lo mismo. Lo único bueno de este lugar es que la lejanía de la ciudad permite ver el cielo salpicado de estrellas y da la sensación de ser un buen sitio para mirar, en perspectiva, los inicios. Finjo que me arrepiento y que detesto a la persona que me consiguió el misoprostol y, amablemente, me dejó vomitar chocolate con ruda en su baño, a ver si así de una buena vez me indultan. Mis ojos están puestos en el fuego, no falta mucho para empezar a gritarle al vacío todo acto vergonzoso e impuro que cometí en mi adolescencia y llorar a moco tendido e implorar la piedad de Dios por haber desobedecido su mandato, él, que todo lo ve, que todo lo escucha, menos lo que no le conviene, como decía mi *abue*. Todo esto sucede mientras un puñado de

viejos alcohólicos morbosos me escuchan a unos metros, se regocijan cuando una de nosotras llega a estos sitios a desahogarse con la intención de sanar, para después tenernos de rehenes con nuestras propias historias en sus «grupos de rehabilitación», haciéndose los guías espirituales, todos unos mesías, pero solo saben hacerse pendejos para dejar de partirle la madre a sus esposas, regalarles una precaria muestra de afecto a sus hijos y dejar de frecuentar la cantina de su colonia que cada vez los acerca más a tener otra larga estadía en un anexo. Del otro lado están las mujeres que prefieren hablar de neurosis al no poder enumerar las violencias como algunas logramos hacerlo, pero con ellas no hay problema, aquí todas padecemos del mismo mal, nos fijamos en puro culero y nos aferramos a lo único que conocemos, la domesticación.

Gloria, la señora que está sentada frente a mí, estoy segura que no está aquí por gusto, aunque la elegí por parecer la menos rígida de todas las mujeres que esperaban formadas para escuchar durante toda la noche la vida de una desconocida. Fingió con una sonrisa que sí, que estaba aquí para escucharme. Yo creo que está aquí porque el bato con el que se juntó, no le dejó otra salida o tiene una culpa inlavable que, a juzgar por el sitio, con aroma a incienso de copal, plagado de cruces, virgencitas de Guadalupe y cirios, no le han dejado olvidar. Pero aquí estoy para hablar de mí, me lo repitieron hasta el cansancio y la verdad que eso de contar mis desgracias siempre me ha gustado. Se durmió dos veces, justo cuando le narraba lo importante: mi gran tragedia, el punto de inflexión donde toda mi vida se fue a la mierda y no me refiero a lo que estaba a punto de decirle. Eso sí, cuando escuchó la palabra Cytotec, brincó en el acto para exorcizarme, cuando le mencioné que estaba por contarle sobre mi aborto, se despertó para hacer que me hincara, lo entregara a Dios y pidiera perdón, porque ese sí era «un pedo choncho». «No se preocupe, doña Gloria, el miso sale del sistema en pocas horas, ya no está, no hay nada más que sacar, expulsé todo, estoy segura». Me contó la historia de la prima de una amiga que abortó nueve veces y ahora que quiere

tener un hijo ya no puede y por eso la dejó su marido, porque ya no servía y «las mujeres que no sirven no son agradables para ningún hombre», me recalcó. También me contó de su sobrina Lupe, hija de Cata, su hermana. Cata le quitó el novio a Gloria cuando tenía dieciséis años y desde entonces esta no pierde la oportunidad de hablar pestes de ella y de su hija. Lupita abortó sola con tés y dicen que quedó loca porque el fantasma de lo que le dijeron que era su hijo la atormenta por las noches con voces similares a las de sus tías las rezanderas. Eso decían de mí también, que estaba loca por sentirme sola y guardar una enorme tristeza desde los catorce años; quizá Lupita solo está triste o muy sola y necesita platicar con alguien que no sean sus tías las víboras que se dan golpes de pecho con el extremo de su cola. También me contó de Juanita, su vecina, que murió abortando en el baño de una escuela pública con un gancho en la mano. La verdad es que esa última historia me recuerda a una película, pero igual hice cara de sorprendida para no ganarme el honor de ser añadida a su lista de relatos de terror abortescos.

*

Hoja número veintisiete, pregunta número dos: ¿Qué tipo de situaciones en el aspecto sexual me causan miedo, ansiedad y frustración en la actualidad? Procedo a narrarle con la voz envuelta en un simulacro de vergüenza recargada en su basta moral:

Era un viernes, durante mi último año de prepa. Mi grupo y yo planeábamos nuestra graduación y buscábamos las universidades a las que nuestras posibilidades económicas e intelectuales nos permitirían acceder. Yo no estaba segura de qué estudiar, pero el profe de Ética me decía que yo tenía madera de abogada. Lo decía porque por todo me enojaba y me defendía de los hombres del salón cuando me molestaban, nunca me gustó que me hicieran sentir menos, por eso siempre les contesté. Ese día, a mitad de la clase de Inglés, me tuve que salir corriendo al baño por un vómito inesperado y anormal. Una se conoce, aunque menosprecien nuestra intuición, sabemos cuándo

nos cayó mal el desayuno o cuándo una especie invasora acaba de tomar las riendas de nuestro cuerpo. Lo supe en el acto. Mi periodo era irregular, entonces no servía de mucho contar días en el calendario. Esa tarde fui a buscar a Iván, mi novio. Un bato de esos a los que les dicen «chacales», toda la pinta, no necesito describirlo, como lo imaginas, es. Estaba bien enamorada porque escuchaba mis problemas y me dedicaba canciones de ska y reggae con letras bien llegadoras, ya sabes, de las que le dedicas a tus novias. Fue mi mejor amigo cuando estuve dentro de una relación igual o más tormentosa que esta. Nunca fui muy selectiva para relacionarme con los hombres, bastaba con que me pusieran un poco de atención y ellos sin pedirlo ni merecerlo tenían mi vida a su disposición. Eran las cinco y él andaba con sus amigos dando el rol, bien mariguano, como siempre. Fui a alcanzarlo para decirle que teníamos que ir a hacerme una prueba de embarazo cuanto antes. Al otro día no fui a la escuela, fuimos a un laboratorio a unas cuadras de mi prepa, con el uniforme bien planchado y la cara escurriendo preocupación y vergüenza. Entré y pedí una prueba de embarazo; la enfermera me vio y, con mirada inquisidora, comenzó a hacerme preguntas, sobre mi edad y otros datos generales. Procedió a tomar la muestra de sangre y me dijo que, si pagaba un extra, los resultados estarían en dos horas. Salí por Iván para pedirle el dinero y, extrañamente, él pagó todo, seguramente se robó algo un día antes. Pasaron dos horas y entré por los resultados, acordamos verlos juntos, juntos como pareja. No tardamos ni cinco minutos en caminar, cuando a mitad de la calle abrimos el sobre, «Positivo». Por mi cabeza pasaban todas las soluciones posibles, dejar la escuela y trabajar para mantenerlo, terminar la prepa y trabajar para conseguir algo mejor, seguir estudiando y entrar a la universidad, trabajar y tenerlo. No podía creer que esto me estuviera pasando, no sabía si debía sentirme feliz; estaba enamorada, tenía que sentirme feliz. Iván simplemente se quedó en silencio, ni un gesto, nada. Nos fuimos a su casa acompañados de una nueva constante en la relación, el silencio.

Pasaron dos días sin que me hablara, casi estaba segura que iba a

terminar como mi mamá, criando sola. Si ella pudo hacerlo, yo también, pensaba. Al tercer día, como Cristo, Iván se apareció al fin, me repitió al menos unas veinte veces que él no estaba listo para ser papá. Yo ya tenía todo un plan para mantener al bebé juntos, él no. Me contó que su mamá sabía cómo solucionar las cosas y que ella nos iba a ayudar. Sin preparación alguna me dijo que era mejor que abortara. Yo había escuchado muchas cosas sobre las mujeres que abortan, me acuerdo que en la secundaria nos ponían videos de un feto abortado que lloraba por su casita, de una chava de tercer año que decían lo hacía cada mes, que iba a la Ciudad de México y abortaba, por eso era tan delgada. No creo que tuviera alguna relación, pero eso decían y todos en la escuela la señalaban. Que las mujeres que se practicaban abortos se morían desangradas. También recordé que mi amiga Claudia pensó que estaba embarazada y le dijo a la prefecta, fueron con el médico de la escuela, un señor cincuentón que se la pasaba viéndole las piernas a las niñas, para que la revisara. De eso se enteró hasta el conserje, cuando a Claudia le dieron la opción de abortar, él iba pasando por la enfermería y le dijo «Ni las perras abandonan a sus propios hijos y ustedes pensando en tirarlo a la taza de baño». Ese comentario no dejaba de atravesarme a cada paso que daba. Yo sabía que las perras se comen a sus hijos cuando saben que no van a sobrevivir, el mío, en estas condiciones, tampoco iba a poder hacerlo.

Accedí a ver a la mamá de Iván, Esther. Una señora guapa, robusta, con una sonrisa enorme y coqueta, de ojos casi tan oscuros y brillantes como su cabello, siempre traía un chongo bien amarrado, ropa deportiva y su cigarro en la mano. Caminaba erguida y sin miedo en la Colonia Popular, era de esas señoras que se la sabe de todas a todas, de las que se agarraba a golpes a quién le dijera «ojitos negros» en la calle. Sacó a sus hijos adelante pese a vivir una vida que no reparó en ser injusta con ella. Llegamos a su casa, me invitó a pasar y tuvo la amabilidad de preguntar primero qué quería hacer, le respondí que no sabía, que yo podía tener al bebé, pero su hijo no compartía la idea. Antes de soltarme a llorar, me dijo «No seas tonta, hija, no te

aferres al bueno para ni madres del Iván. Es mi hijo, pero no dejes que te ciegue el amor, estás a punto de entrar en la universidad, piénsalo mejor, aquí la única que decide eres tú». No sé si lo hizo para salvar a su hijo pero yo creo que me estaba mostrando la salida de emergencia, porque nadie en el mundo me abrazó en esos momentos, con sus palabras, como ella.

Pasaron los días, tenía aproximadamente siete semanas de gestación y seguía pensando. Pensando y tolerando los malos tratos de Iván, quien cada vez era más indiferente al tema del embarazo, a mí y a los restos de su decencia humana. Empezó a ser más violento, a drogarse más y yo a ver con mayor claridad la salida. Un día, mientras intentaba seguirle el paso en la calle, me detuve, lo observé bien y pensé «¿Neta te vas a quedar con él, Maribel?, porque esto es para siempre». Le grité desde una cuadra abajo: «Ya me decidí, vamos con tu mamá. Yo tampoco quiero tener un hijo contigo». Estaba segura de querer ser madre, pero no ahora, no con él, no así. Se detuvo, me miró sin entender el peso de cada palabra que salía de mi boca y me dijo que iríamos después de ver a sus cuates. Horas más tarde fuimos a su casa para darle la noticia a su mamá.

Esther me recomendó faltar al día siguiente a la escuela, así lo hice. Ella fue con una vecina que vende el misoprostol, es enfermera y también se dedica a la herbolaria. Después se fue corriendo al mercado Primero de Mayo y trajo hierbas para un té, de todas solo ubique una: la ruda. Llegó a la casa a preparar una olla grande con agua, olía terrible, le puso una tableta de Chocolate Abuelita y le subió a la flama para que calentara rápido. Me dio una taza de té hirviendo y otra a su hijo, le dijo «Este té sabe de la chingada y si ella se lo va a tomar, tú también, porque ella no se metió sola en este problema, si no te lo tomas hago que te tragues toda la olla. Me voy a salir un rato y regreso a ver cómo sigue mi niña». Se fue porque sabía que comenzaría a vomitar y no quería que me diera pena, eso me lo confesó después. Al volver me dio el miso para colocarlo vía oral y vaginal. Nos mandó a subir en bicicleta por toda la avenida principal de la colonia y a

caminar. Después de unas horas, estuve acostada con cólicos, fiebre y diarrea. La verdad, pensé que me iba a morir, que segurito me iba a morir o me iban a tener que llevar al hospital y mi mamá me iba a descubrir. Prefería morir a que me descubrieran, eso era seguro, una prefiere cualquier otra cosa que no sea la vergüenza y el desprecio de sus progenitores y la sociedad entera al saber que has tomado en tus manos el curso de tu vida, más aún si eres joven, ¿cómo nos atrevemos a tanto? Por la noche sentía que me partía en dos por el dolor físico, pero intentaba ser paciente, respirar, no llorar mucho para no impacientar a Iván con mis quejas, para no molestar a Esther de más, para controlar mi miedo de morir desangrada, de voltear a la taza y observar a un perfecto ser humano entre vómito, mierda y sangre, que volteara a verme y me condenara con su magia oscura para toda la vida, y también, pensar qué iba a hacer después de que todo acabara. Contrario al escenario fatalista que había construido en mi mente, solo expulsé unos cuantos coágulos y algo similar al hígado de pollo crudo, en ese momento disminuyeron los cólicos y con ellos mi preocupación, mis ganas de llorar y la culpa. Eso era todo, se había acabado, era libre, seguro que ahora entraría a la escuela, me conseguiría a alguien de mi universidad que me hiciera olvidar a este bato y que me tratara mejor (spoiler: los abogados y los estudiantes de derecho son igual de pendejos, pero esa es otra historia). Este era mi segundo chance y no lo iba a desperdiciar. La mamá de Iván se veía preocupada por mí, pero se sostenía en la seguridad de su mirada y sus saberes, desde que la conocí me repetía que siempre fui mucho para su hijo y me había equivocado al fijarme en él. De principio pensé que le caía mal, después supe que solo me quería evitar cualquier situación desagradable como las que a ella le había tocado vivir. Ya era tarde, Esther me abrió la puerta de su casa y me abrazó, como diciéndome «vete, ya no vas a tener otra oportunidad de salir de aquí», salí de prisa y no miré hacia atrás, no hasta hoy. Iván estaba con sus amigos en las canchas, fumando porque estaba estresado, le preocupaba que me muriera y lo culparan.

*

Antes de terminar de contarle a Gloria cómo me fui aliviada a casa, a seguir sangrando, mientras hacía mi tarea de cálculo y me tomaba un té de manzanilla, me interrumpió: «Bueno mija, aquí está claro que se te metió un demonio que te hizo abortar, ahora te vas a postrar y vas a pegar tu frente en la tierra». «¿Mi frente en la tierra?». «Sí, ahora. ¿Qué le quieres decir a esa persona que te hizo abortar? Grítale a Esther, grítale que la odias porque te hizo abortar y pídele perdón a Dios». «Pero no…». «Dile. Imagina que está frente a ti. Miéntale su madre». «Bueno…».

*

Son las siete de la mañana y me duele la garganta, mis párpados están hinchados por el llanto que me sacaron a punta de padrenuestros y salmos. Salgo de la capilla con un té en una mano y un fólder en la otra que contiene una hoja donde consta que ahora soy una mujer nueva, que debo actuar bien y ayudar a las personas, que mi alma está más blanca que la nieve y debo mantenerla así o me voy al infierno. Esther está afuera esperándome, curiosamente ella me trajo aquí después de que un ex alcohólico puritano de su pasado le metió la idea de que todos los males de su vida eran por ayudar a otras mujeres como lo hizo conmigo, le dijeron también que debía arreglar lo que propició, así que me trajo aquí. Yo creo que Esther arregló en mi vida muchas otras cosas desde antes y no se dio cuenta, pero yo sí. Después de darme un gran abrazo y pedirme una disculpa innecesaria estamos listas para irnos. Regresamos a casa recostadas en la parte trasera de una camioneta, mientras compartimos cómo nos fue en el retiro, señalamos las estrellas que caen del cielo salpicado que contemplé en soledad la primera noche y les pedimos deseos en silencio.

Es probable que después de este día no volvamos a coincidir con frecuencia en el camino de la otra, porque hay lugares que una debe

evitar durante un tiempo para sanar heridas (no provocadas por ella) y seguir adelante. Si en un inicio no lo supe ver, ahora veo con claridad lo importante que fue Esther. Ahora lo sé, necesito acompañar abortos como la chingona de Esther y evitar que más mujeres vengan a estas madres que hacen llamar Retiros Espirituales para Sanar las Heridas de Alma; o no, y simplemente puedo continuar con mi vida como ella me aconsejó que hiciera. Así que, Esther, considera esta mi disculpa pública, después de las mentadas de madre que eché al cielo para ti. No fue mi intención, me dejé llevar. Tú sabes.

CRÓNICA

Crónica rocanrolera de un tiempo: corriendo por el bordo

Obed González

En la inmensidad los dos unieron sus almas para darle vida a esta triste canción de amor, a esta triste canción de amor

Triste canción de amor del Tri

Polita

La ciudad se alarga y construye caminos donde una multitud de lenguajes transitan: vías del tiempo y la memoria. Es la danza del slam, en la cual la violencia posee ritmo y lo contagia. Revueltos sudores, que gota a gota crean ríos de historias, se estancan en los charcos de las banquetas. La parábola del hombre moderno es la calle, viva y en movimiento. La calle camina en el interior nuestro, aposta improntas en la memoria. Recipientes de espectaculares nuestros cuerpos, vocablos atados a nuestros sentidos, murmullos donde reposa el silencio nuestro.

A finales de los años setenta, las ensalitradas paredes inundadas de fondo y forma de la Ciudad de México salieron al mundo por medio de las mismas calles cuando la acción del Movimiento Tepito Arte Acá aprisionó lo cotidiano en los muros del barrio. Daniel Manrique, integrante más representativo del movimiento, dejó a aquellos enladrillados personajes como testigos de la caída de la Tenochtitlán de neón a consecuencia del terremoto acontecido el 19 de septiembre de 1985. La calle, por medio de sus fragmentados murales, recogió

esos momentos en sus grietas: lamentos, lloros, súplicas; gritos sepultados en el silencio transmutado en polvo de óxido y concreto.

Al oriente de la Ciudad de México, el Bordo de Xochiaca constituyó el cigoñal que entrelazó diferentes formas de pensar que poseían similitudes y discrepancias de necesidades materiales e ideológicas; tradición muy antigua que es parte de una idiosincrasia en la cual el dominio por el territorio refleja ese sentimiento arquetípico, casi animal, que posee el hombre que toma un terreno como parte de lo propio.

Ciudad Nezahualcóyotl, durante la década de los ochenta, comenzó a considerarse como parte de la zona oriente de la Ciudad de México, municipio que con el tiempo fue fundando una identidad propia donde el mismo lenguaje la confirmaba como tal: Minezota, Nezayork, Nezahualodo, Ciudad Necia. Conocida como «la ciudad del cambio» en cierta etapa de su historia. En las secundarias de este ayuntamiento del Estado de México colocaban bajo las puertas un armazón de fierro con forma de parrilla para que rasparan el barro de las suelas de los zapatos en tiempos de lluvia y no ensuciaran los pasillos y las aulas. Las escuelas de nivel medio superior en el Distrito Federal, como el Colegio de Bachilleres no. 10 en la colonia Aviación civil, o el Cetis 51 de la colonia Arenal y el Cetis 32 de la colonia López Mateos, o los CONALEP Venustiano Carranza e Iztacalco en la colonia Arenal, eran punto de referencia para iniciar fiestas y tardeadas. Por todas partes se miraban las chamarras de mezclilla y los pantalones entubados que en algunas ocasiones tenían que coser los mismos estudiantes y, a veces, no los dejaban entrar a la secundaria hasta que los descosieran. Los peinados con el fleco estilo The Who (estilo *mod*) y largo de atrás en hombres y mujeres, en algunas con rayos de color amarillo. Las bandas en los barrios crecieron y abarcaron más extensión que en décadas anteriores, las cuales recorrían la zona con disímiles nombres: Los Caguamos, los Deltas, los Cachorros, los Tlapaleros, los Chicagos, los Scorpions, los Buchgs, los Pinkys, Los Ramones, los Crayzy, los 19, los Pañales, los Bólidos, los

de la Yola, los de la ADO, los Goldies, la UDG, los de la Cordobanes, entre muchísimas más. Se movían de la Pantitlán y Juárez Pantitlán a la Arenal, a la Moctezuma, a la Agrícola oriental, a la Puebla, a la Aviación civil, Caracol, López Mateos, a la Aragón y colonias circundantes, además de las trece colonias del Vaso de Texcoco en Neza. Concurrían en las tardeadas, conciertos de rock o fiestas de la calle donde, no pocas veces, terminaban en batallas campales y, en una que otra ocasión, con algunos muertos de por medio.

La vida es una alegoría de la eternidad, a través de ella se glorifica el tiempo, es un instante continuo donde la palabra y el movimiento son la poética del espacio, un espacio que está estructurado por un conocimiento donde lo sorpresivo es el asombro. Es unir lo humano con lo inhumano, lo terrible del mundo con lo bondadoso de este. Es fascinadora subyugación, violenta erupción que apasiona: un sinsentido que transporta hacia el sentido. Implica destruir para construir, lo ambiguo se transforma en lo exacto, que es la misma contemplación del mundo, el instante en que se comprende y trasciende al mismo diálogo para representar y significar lo que antes no era. Ahora mismo, a través del color del latir de las pulsiones de mi respiración, escucho las texturas de una nostálgica tonada: *Compartimos el mismo anhelo, compartimos el mismo cielo, compartimos el mismo tiempo y el mismo lugar (…) Las piedras rodando se encuentran y tú y yo algún día nos habremos de encontrar, mientras tanto cuídate y que te bendiga Dios, no hagas nada malo que no hiciera yo.*

Corriendo por el bordo

Al anochecer, sobre el bordo, el terror rasga por dentro y lo húmedo del sudor empapa el cuero de las chamarras y la mezclilla de los pantalones a cada sensación del acercamiento del violento sonido de las toscas y desesperadas suelas de las botas que, iracundas, te persiguen reclamando tributo de sangre por haber osado mancillar al barrio con tu presencia sin ser invitado. Mientras, abajo, sobre las polvorosas y enmohecidas calles, entre gritos, amenazas, aullidos y estallidos

de cristales, debajo de un apolillado poste sin luz, una promesa de amor eterno es una realidad separada cuando en un claro de luz dos bocas se juntan para crear un nuevo mundo: Ella existió solo en un sueño, él es un poema que el poeta nunca escribió y en la eternidad los dos unieron sus almas para darle vida a esta triste canción de amor, a esta triste canción de amor…

CUENTO

Anamorfosis

Sara Abadía

Cuando se enteró de que yo iba a nacer, mi papá guardó silencio por tres meses. Esta es de las primeras cosas que supe de él. Que, todos los días, a la hora de la cena, se sentaba en la mesa y cuando mi mamá le preguntaba cosas, él simplemente la miraba fijo a los ojos, luego miraba el lugar en que yo crecía, sin enterarme de nada, y empezaba a rastrillar los cubiertos contra el plato para no contestar.

No sé si antes de mí el silencio existía, pero sí continuó conmigo. Cuando mi papá me llevaba al banco donde trabajaba, las personas le hacían preguntas de todo tipo y él simplemente no les contestaba. «¿Qué tal el fin de semana, don David?, ¿Esa es su hija, la menor?, ¿Cómo está doña Marta?», y él, nuevamente, los miraba a los ojos y se le dibujaba una arruga negra entre las cejas y dos paréntesis a ambos lados de la boca. Esto significaba que no la quería abrir, que no quería responder y simplemente no decía nada. A mí me daba muchísima vergüenza. Le miraba esa expresión que era la misma que hacía cada vez que mi mamá, mis hermanas o yo le pedíamos algo. Luego miraba la cara de las personas que le preguntaban cosas. Ellos, primero, le devolvían una expresión tranquila, mientras esperaban la llegada de algún sonido. Algunos eran tercos y podían esperar casi treinta segundos. Luego se extrañaban muchísimo porque él no decía nada, alzaban las cejas en señal de sorpresa y descolgaban la mandíbula, dejando la boca entreabierta. Entonces me miraban a mí, como preguntándome «¿Qué le pasa a tu papá?». Y yo, como tampoco sabía, alzaba los hombros y bajaba las comisuras de la boca, igual que él, como diciendo: «No lo sé, y yo tampoco voy a decir nada».

Un día, sin embargo, le dije algo. Mi papá estaba sentado en el sillón de la sala, todavía con la ropa de trabajo, pero con la corbata y los cordones de los zapatos sueltos. Estaba cabizbajo, con los labios formando una firme línea horizontal. Mi mamá, parada al frente suyo, gritaba y movía las manos frenéticamente. Abría su boca y de ella salían un montón de palabras como «inútil», «patético», «increíble», acompañadas de grandes gotas de saliva que salían disparadas y caían sobre la cabeza de mi papá y la mía. A mí, además, me mojaban los lentes. Para acabar con todo aquello, se me ocurrió decir: «Es que mi papá nunca dice nada». Lo dije para que mi mamá lo entendiera y dejara de gritarle, para que lo dejara tranquilo. Al principio sentí alivio porque ella, por fin, hizo silencio. Pero cuando volteé a ver el rostro de mi papá, no era su rostro. Todas sus facciones se habían transformado. Le pude ver los dientes por primera vez, largos, amarillos y torcidos, con los colmillos puntiagudos. Y la línea entre las cejas se había multiplicado y ahora eran tres. Parecía que me fuera a ladrar. Yo me asusté muchísimo.

Pero, nuevamente, nada salió de su boca, solo me abrazó y empezó a echar lágrimas sobre mis lentes ya empapados, que, con el paso del tiempo, se convirtieron en mis lágrimas.

Detector de voz

Julieta Aguilar

Como cada mañana, Eduardo se despierta media hora antes de que suene su alarma. Desde hace varios años, su reloj biológico decidió adelantarse media hora. Aun así, él prefiere dejarla puesta, no se duerme si no está activada porque no confía del todo. Se levanta, toma su celular y mira la hora, aún es temprano pero prefiere meterse a bañar a quedarse un rato más en la cama. Cuando sale de la ducha, le gusta rasurarse frente al espejo, dice que el vapor ayuda porque los poros se abren. Suena la alarma en su celular, el cual deja a lado de su cama, pero no se inmuta, sabe que Sofía siempre la apaga. Ella duerme, o dormía, hasta hace un minuto antes de que la alarma sonara. Se destapa un ojo moviendo el antifaz que usa para dormir. Sigue sonando la alarma. Se estira hacia el lado de Eduardo para alcanzar el celular y de un golpe desactivarla. Se detiene por un momento y decide que no, que esta vez no la apagará.

Regresa a su lado de la cama, se quita el antifaz, acomoda las almohadas y se queda semi sentada esperando a ver qué pasa. Vigila a través de la rendija la sombra de Eduardo que se mueve de un lado a otro. Espera la hora en que se abra la puerta del baño y él salga para matarlo con la mirada. Pero también le pasa por la mente que quizá cuando salga del baño, aparecerá tan fresco y dirá: «¡Sofi! ¿Qué haces despierta a esta hora, mi amor?». Y ante semejante pregunta, ella respirará profundo y con un movimiento negativo de cabeza se tragará su enojo. La segunda opción, porque con Eduardo a veces no se sabe, podría ser que diga: «¿Por qué no apagas la alarma, mi amor?, me estaba bañando. ¿Te sientes bien?».

Ella se quedaría mirándolo, sin contestarle. Y confirmaría, una vez más, que Eduardo tiene un pequeño orificio dentro del oído que hace contacto con el otro orificio del otro oído y que además tiene activado un dispositivo que se llama «detector de voz» y que identifica la voz de Sofía; por lo tanto, lo que ella le pide o le cuenta y, sobre todo, lo que le repite a cada momento, eficazmente es desechado por el orificio. También se queda pensando para quién más tendría activado su «detector de voz» y qué tan bueno sería tener uno.

Se abren las puertas de baño, Eduardo se dirige hacia su buró, toma su celular, apaga la alarma y dice:

—Mi amor, ten un lindo día —y le da un beso en la frente.

—Eduardo, ¿te das cuenta de lo que haces?

—¿De qué?

—¡Cómo que *de qué*, Edu!

—¿Y ahora qué hice?

En ese momento Sofía se acuerda del detector de voz, se acerca a él, le pone una mano en un oído y la otra en el otro oído y le dice muy de cerca:

—Por favor, apaga tu maldita alarma cuando te levantes. ¿Me escuchaste, Edu? —dice apretando con las manos los oídos de Eduardo.

—¡Déjame mis orejas! ¿Qué te pasa? ¡Sí te escuché! No estoy sordo.

—Ok, Edu, espero que no se te haya salido.

—¿Que no se me haya salido?

—Sí.

—¿Qué se me va a salir?

—Pues esto, las cosas que te pido.

—¿Qué me pediste? ¿Otra vez vas a empezar con el cuento de que no te escucho? ¿Sabes qué, Sofía?, no tengo tiempo ahora para esto. Nos vemos esta noche y lo platicamos.

Se despide con un beso y sale de la habitación.

Ella se queda escuchando el rechinar de las escaleras cuando baja velozmente.

Se queda atenta escuchando cómo el auto sale de la cochera. La puerta del garaje se cierra y el sonido del auto de Eduardo va alejándose rápidamente.

Se queda sola en casa, no hay caos, no hay prisas, no hay alarma. Entra el sol por la ventana de la cocina e ilumina el pequeño comedor de madera dejando ver las sombras de las migajas de pan que quedaron del desayuno. La taza de café a medio tomar aún humeante. Se sienta y bebe de ella. Moja su dedo con su lengua. Lo pone sobre una migaja de pan y se lo lleva a la boca. Observa la luz del sol que viene desde afuera y cierra los ojos.

El aviso de un nuevo mensaje en su celular hace que salga de su relajación y se endereza en la silla. Es un mensaje de su madre que dice: *Para tu insomnio ,Sofi*. Hay un *link* de una receta. *Flor del somnoliento*, dice el título. El nombre le causa risa e intriga, nunca ha escuchado ese nombre. Lee todo. Cierra el celular y se levanta de la silla de un brinco. Se remanga los pantalones del pijama, se quita las pantuflas y sale al jardín con unas tijeras. Se queda viendo a su alrededor. Cautelosa, observa todas las plantas. Empieza a tocarlas, a olerlas, buscando una por una. Después de un rato, cansada ya, se sienta en el pasto. Ella sabe que esa flor la ha visto por ahí. Se acuesta, cuando voltea de lado ve a lo lejos unas flores pequeñas y silvestres. Las corta y reúne cerca de una docena. Corre a la cocina y pone una olla con agua a hervir, echa una por una y sin pensarlo pone todas. Cuando el agua se consume a la mitad, apaga el fuego y tapa la olla.

Esa noche cuando llega Eduardo del trabajo, Sofía lo espera impaciente. Cenan juntos y al terminar le ofrece un té caliente. Él ama los tés. Sin dudarlo acepta. Lo toma y se van a dormir.

Como cada mañana la alarma suena, Sofía se destapa un ojo moviendo el antifaz que usa para dormir y estira la mano para de un golpe apagarla. Eduardo está en la cama, sigue dormido, inmóvil, frío y sin escuchar.

Olfatear el miedo

Daniela Becerra Romo

Esta medianoche, igual que muchas otras, Laura sigue despierta en la cama chateando con su vecino. Ha pasado horas en la oscuridad intercambiando mensajes que van de la risa a las confidencias y rozan brevemente el erotismo. Los dedos teclean con prisa cuando un sonido abrupto se le instala en la boca del estómago: el motor del auto de su marido y una puerta que azota.

Deja el teléfono en la mesita de noche junto a la foto del día de su boda. La mira por un instante. Se ven contentos, él con su calva incipiente y un traje anticuado de diseñador, ella muy maquillada, peinada de señora y sin embargo delatando su corta edad en la sonrisa extendida. Apenas se detiene en esa imagen. Siente que hubieran pasado años desde entonces, desde que Antonio la sedujo con flores y mariachis, serenatas a medianoche, joyas y bolsas de marca que nunca antes había visto. Recuerda que se sentía avergonzada. Había terminado la preparatoria en su pueblo y comenzaba sus estudios en una ciudad más grande cuando apareció este hombre en sus autos de lujo. En ese entonces deseaba poder apoyar a sus padres, viajar y dejar de compartir habitación con sus dos hermanas en una pensión para jovencitas. Se veía a sí misma en cenas de manteles largos, con vestidos entallados y una casa con jardín para su futura familia. Y los noes fueron tiñéndose de síes hasta que aceptó el anillo de compromiso. «Tu novio no me da buena vibra», le dijo una de sus hermanas. A Laura le dolió tanto que no la invitó a la boda.

Hay un patio para el doberman, pero nada de niños porque Antonio llega muy cansado por las noches, «¿Qué no ves que trabajo

todo el día?», suele decir. Tampoco hay vestidos entallados porque a él le parecen de mujeres vulgares, ni cenas con manteles largos. Las añoranzas comienzan a habitar su vida, lo que ha perdido y lo que todavía no es. Durante las horas de espera y soledad, checa las historias de sus amigos por Instagram, sus clases en la universidad, sus fiestas y risas. Y algo se le retuerce dentro, un malestar que habita sus insomnios.

Esta noche apaga la luz y se cubre con las sábanas para invocar al sueño. Cuenta los segundos entre una inhalación y otra. Los ojos cerrados. Los pensamientos vertiginosos, el corazón acelerado al recordar los piropos de Raúl ¿Podrán escucharse los diálogos internos? ¿Habrá cerrado la ventana del baño? Escucha desde su habitación cómo se abre el refrigerador, luego el estruendo de algún vidrio roto. El ruido del televisor de la sala y el sonido al abrir la puerta del patio resuenan por toda la casa. Los jadeos, el alboroto. Ha dejado entrar al perro. Laura nunca lo deja pasar, ensucia con sus patas enormes los pisos que ella debe limpiar. Además apenas soporta su mirada, casi está segura de que el perro sí lee los pensamientos.

Los pasos de Antonio se escuchan en el corredor. Los mensajes de Raúl iluminan la pantalla. Al intentar guardar el celular, lo tira de la mesita de noche. Escucha las patas del perro sobre el piso de loseta. Cierra los ojos. Ambos entran haciendo ruido. El teléfono, en algún sitio, emite un zumbido. Antonio se acomoda en el borde de la cama y le acaricia la frente. Puede oler el tequila en su aliento. Siente la espalda empapada de sudor. Quiere callar el cuerpo, el remolino en el vientre que succiona toda tranquilidad. «¿Quién te escribe a estas horas?», pregunta. El perro la olfatea con su nariz mojada. Ella no quiere mencionar a Raúl, así que aprieta los párpados. «Te pregunté que quién te escribe», susurra él. Debió haberle dicho a Raúl que ya no podía hablar. Debió haber apagado el teléfono. Debió terminar con aquella amistad. Pero no puede evitar volcar sus confidencias en el vecino, hablar con él por horas mientras el marido bebe con clientes en sus reuniones nocturnas. Cada mañana se dice que no le

hablará más pero, temprano, pasa él corriendo en su ropa deportiva frente a casa y le grita: «Lindo día, vecina». Y entonces inicia un día más de confidencias entre el aburrimiento y la limpieza.

Bien decía su madre que no se casara tan joven y mucho menos con un hombre tan mayor. El vestido blanco cuelga del armario. Todavía no lo lleva a la tintorería. Las risas de aquella noche de fiesta han sido sepultadas por las largas noches de espera. Una de esas tardes le han llamado a decir que el marido está metido en algún negocio sucio, no pueden contarle más. Recuerda sus manos temblorosas al escuchar esa información. No le ha contado a nadie. No tiene más datos y no se atreve a preguntar. Tampoco quiere buscar en internet por si él revisa sus búsquedas. Ve por la televisión las noticias de balaceras y desaparecidos, de maridos con bigotes largos y pistolas al cinto. ¿Tendrá su esposo un arma? Se pasa las tardes viendo series de matones y crímenes pero su marido no parece un hombre así. Delgado, huesudo y torpe para bailar. Sin embargo cuando algo no le gusta tiene un modo de hablar pausado que la pone a temblar.

«Mi reina», dice con la voz muy baja, «te pregunté que quién te escribe a esta hora».

Ella contiene el aliento. Está segura que el rubor de su rostro la quema. Antonio pasa la mano de la frente a las mejillas hasta detenerse en el cuello. Laura siente la presión de los dedos de él. Los dientes le castañean. El corazón corre dando tumbos. «Tienes diez segundos para decirme». Siente la nariz húmeda del perro olfateando su oreja. Cuenta el tiempo, traga los segundos.

Las mentiras corren apresuradas por su mente como vías de escape. «Nenita, sabes bien que no me gustan los engaños. ¿Vas a contarme, preciosa con quién hablas a estas horas?».

Entreabre los ojos.

La mirada del doberman la atraviesa.

Las últimas vacaciones

Leslie Gauna

A Bárbara

¿Dónde fueron tus vacaciones, mamá, después de la última que pasamos juntas? ¿Cuánto tardó el río en hacer desaparecer la isla de tu padre donde me llevabas? ¿Cuánto odiabas limpiar y cocinar en la ciudad? ¿Y tener que llevarme a cuestas? ¿Heredé tu voluntad? ¿Es verdad o lo imaginé, alzada sobre un banquito revolviendo la olla para cocinar la sangre y hacer morcillas? Era la época mala de Perón. Teníamos que hacer cola temprano a la mañana para conseguir kerosene. Un litro para cada uno, vos, mi hermano y yo. ¿Cuántos años tenía cuando los esperé con mi primera sopa, ocho? ¿Fuiste vos la que me enseñó que si machucás un corte de carne dura sale tierna como para bife o milanesa? ¿Por qué el apuro de que a los nueve años tomara el tranvía para aprender a coser a máquina? ¿Era para mostrar mis habilidades a tus hermanas en la isla? ¿Y por qué no entendían que a mí no me gustaba tejer y bordar como a ellas? ¿Alguien te dijo que hice sola mi vestido cuando me recibí de maestra? ¿Y que me gané la vida como modista en California, donde tuve a mi primera hija?

¿Dónde encuentro un mapa de una isla que no existe? ¿Y fotos nunca tomadas? ¿Cuáles de tus once hermanos quedan vivos? Después de la separación algunos siguieron visitándonos a papi y a mí. ¿Cuándo volverá el tren que nos llevaba de Rosario a Santa Fe y la balsa para cruzar a Entre Ríos? ¿Qué pensabas cuando venía Sandro, uno de los

capataces del abuelo, a buscarnos en canoa para llegar a las cabañas? ¿Supiste que, en esas últimas vacaciones, Sandro guiaba el timón con una mano y con la otra intentaba manosear mi cuerpo de trece años? Vos me esperabas en la orilla porque habías llegado unos días antes.

¿Esa noche, que me diste una linterna y un revólver, era porque yo tenía miedo a la oscuridad de la isla? Sentí ruidos. Caminé. En una mano llevaba el revólver y en la otra la linterna prendida. ¿Te asustaste cuando te alumbré y estabas en el piso con Sandro? ¿Te acordás de que me retaste diciéndome «andá a dormir, carajo»? Cuando al otro día me acompañaste llorando hasta la canoa y me dijiste: «No le digas nada a tu papá», ¿por qué no te volviste conmigo?

¿Cómo fue ver a papá llegar a la isla para empezar sus vacaciones junto a vos? ¿Sabías cuánto él quería descansar de su trabajo? Según la tía me contó, estaban sentados tus hermanos con los capataces cuando papi notó que vos le cebabas mate únicamente a Sandro. ¿Supiste que papi se preocupó por si te habrías ahogado, al vos irte a buscar agua caliente? ¿Fue a propósito que te mostraste en la canoa con Sandro para que todos te vieran? «Dejála, Miguel», le dijeron a papi. ¿Te importó que, al regresar a la ciudad, papi alistó el revólver para matarse y lo paró su hermana pidiéndole que pensara en mí?

¿Te acordás de la primera vez que volviste a casa? ¿De verdad pensabas que me iba a ir con vos y dejar que pusieran preso a papi? ¿Querés saber qué mentira le dije al doctor de la comisaría cuando me interrogaron porque acusabas a papi de que me dejaba marcas con el cinto? «Pasé por debajo de un alambrado y me arañé». ¿Tengo que creer que la segunda vez que viniste fue para buscarme a mí o al dinero de una venta de animales que tenían a nombre de los dos? Te imagino subiéndote al tren gritándole a papi, «Pudrite con tu hija que yo voy a vivir mi vida».

¿Podría ser que después de cuarenta años sin verte, mamá, el aroma a las rosas en Diamante me hiciera acordar a vos siempre perfumada y atractiva? ¿Podría ser que de vos heredé que me guste tanto bailar?

¿Sabías que aún hoy, escucho entonar a mis hijas y me resuena tu canto?

¿Cómo podía seguir, siendo maestra de una escuela católica enseñando el Padre Nuestro, sin poder perdonarte? Mi hermano se fue con vos a la isla y después a la gendarmería. ¿Te sorprendió cuando él te dijo que al fin cedería tu pedido de vernos antes de morirte? ¿Cuántos días de isla volvieron tu piel bronce, tan distinta a como yo la recordaba? «Como mujer te puedo perdonar, como hija, solo Dios sabe», te dije la semana que me quedé a tu lado.

¿Sabías que papi te adoró hasta sus últimos días? ¿Será por eso por lo que nunca se divorciaron y seguías firmando Mercedes Ricci de Poliakof? Aquí estoy ante tu cajón, mamá. «Esta es su hija», dicen señalándome. «Nunca supimos que tuviera una hija» comentan. Deciles, mamá, quién fui para vos. Deciles que nos veremos en las próximas vacaciones.

(Inspirado en D. Bartheleme.)

El hospital de muñecas

Mila Hajjar

Cuando era pequeña, pasaba frente al «Hospital de las muñecas» con terror. Era una antigua tienda en la misma calle en donde vivíamos. En la vitrina se adosaban cabezas de muñecas, piernas de todos los tamaños, brazos implorantes (o al menos, a mí me lo parecían), estatuillas de santos llenas de polvo, ángeles con alas partidas… Cuando pasaba por la tienda, podía entrever en el fondo cuerpos de muñecas colgados del techo, se me erizaba la piel. Trataba de no verlos, de caminar derecho y, sin embargo, una fuerza inexplicable atraía mi mirada. A veces soñaba con estar atrapada dentro del escaparate, hundida entre esas mutilaciones. Me despertaba con un grito.

Mis pechos crecieron, mis caderas se ensancharon y mi cara se salpicó de granos. La vitrina, en cambio, seguía inmutable. Nunca vi al dueño (había decidido que era un hombre), ni a nadie entrar o salir por la puerta. A veces, regresaba de las fiestas a medianoche y la luz seguía encendida. Me costaba pensar que alguien estuviese reparando muñecas a esa hora. Llegué a la conclusión de que había algún negocio turbio detrás de esa fachada, un despacho de droga, una sociedad secreta.

Cuando me marché a la universidad casi llegué a entrar en la tienda, llevaba en una bolsa las muñecas con las que había jugado. Quería donarlas para que sirvieran de repuestos, pero algo extraño me sucedió antes de entrar. Me imaginé sus cabezas, sumadas a las otras de la vitrina, que me miraban al pasar. Regresé a casa y las volví a colocar en mi cuarto.

Han pasado los años y, por primera vez, hoy toco el vidrio de la puerta. Entro despacio, en silencio, como si penetrara en un lugar oculto, en un secreto bien guardado. Una luz tenue deja halos dorados sobre las superficies. Siguen colgados del techo los cuerpos que me estremecían, la mayoría de plástico, algunos de cerámica, todos sin un sexo que los defina.

Las repisas en las paredes están ordenadas por secciones. En la primera están alineadas las piernas. En la segunda los brazos y en la tercera las cabezas. Algunas de ellas no tienen ojos, solo un hueco negro que las llena de misterio.

En la pared de enfrente están los santos, un paraíso inmóvil de maderas talladas.

Una mesa ocupa gran parte del fondo, sobre ella hay herramientas de todo tipo: colas, botellas, cajas de lata. Huele a cera y, sin embargo, no veo ninguna vela, quizás sea la sugestión por tanto santo.

No hay nadie. Digo un «buenos días» en tono alto. Baja por una escalera un hombre pequeño, casi encogido. Tiene el color del polvo, el de sus vitrinas, que le otorga cierto mimetismo. Los ojos son claros, casi transparentes. Es delgado, como hecho de ángulos y rectas. Le digo mi nombre, que desde niña vivo en esa cuadra, que nunca me atreví a entrar.

—Te conozco —me dice—, eres la hija de Ana.

Me enderezo, frunzo el ceño. Por unos segundos mi mente queda en blanco, procesando sus palabras. ¿Conoce a mi madre? ¿Sabe quién soy?

Como no digo nada, me pregunta que en qué me puede ayudar. Su voz es ligeramente ronca, nasal.

Quiero decirle que me gradué, que soy periodista, que quiero escribir un artículo sobre este hospital de muñecas que tanto me ha atraído, pero la curiosidad de cómo conoce a mi madre no me deja hablar. Ya no puedo preguntarle a ella, ya no está. Se fue hace pocos meses, tomó el vuelo hacia un paraíso sin santos. Cuando yo era pequeña ella les rezaba mucho para que mi padre nos quisiera: trece

monedas al san Antonio de la sala, rosas rojas a la santa Rita de la entrada, espigas al san Judas Tadeo de su cuarto. Fue evidente que los santos no la escucharon. Mi padre se fue un día y nunca volvió.

—Me daba miedo entrar aquí cuando era pequeña —le digo sin darme cuenta. Me sonríe y su piel de pronto cambia color, se vuelve luminosa.

—A muchos niños les da miedo.

Si lo sabe, por qué no cambia la vitrina, quiero decirle, pero suena a regaño y yo quiero entrevistarlo, sacar fotos del espacio.

—¿Vive aquí? —le pregunto, en cambio, indicando la entrada de la escalera por donde bajó.

—No —responde—, arriba está el cementerio.

—¿Tiene un cementerio de muñecas? —Más que una pregunta suena a exclamación.

—Arriba está el cementerio de las cosas que duelen.

—¿Las cosas que duelen?

—Sí, objetos que tienen un valor especial para las personas, pero que justo por eso les causan dolor. Les recuerdan a alguien que ya no está o que las hizo sufrir. Aman al objeto y no quieren botarlo, tampoco lo quieren regalar, entonces me lo traen. Yo lo guardo arriba. Pueden venir a verlo, si quieren, pero no lo tienen constantemente bajo los ojos. En algunos casos, las situaciones cambian, entonces vienen a recuperarlo.

Sus palabras saben a dolor ajeno, él lo sabe y usa un tono dulce, una mirada piadosa. Ya no me parece tan angular su cara.

—Quisiera verlo —le digo emocionada.

—Sígame.

La escalera nos lleva a un cuarto iluminado por una ventana de fondo. Hay todo tipo de objetos: estatuas de enamorados, platos de aniversario de bodas, bomboneras, un cofre con anillos, fotografías enmarcadas, ropa de bebé, una bicicleta pequeña, una cuna…

—Todo está tan limpio —digo, pues me sorprende el contraste con el espacio de abajo.

—Es la única condición que pongo —me explica—. Que vengan a quitar el polvo.

Sigo mirando incrédula cada objeto hasta toparme con la fotografía de mi padre. El pecho se me comprime. Me cuesta respirar. Miro sorprendida al dueño.

—¿Hay más cosas de él? —pregunto, conteniendo las lágrimas.

—Muchas.

Necesito aire, corro hacia fuera. Antes de salir de la tienda, reconozco entre la pared de los santos, al San Antonio, al San Judas Tadeo y a la Santa Rita que estaban en casa.

Moscas

Max Jecklin

Para Oliver

El calor de la tarde era insoportable. *¡Desgraciado! No podía haber escogido otro día para morirse* pensó él, mientras enjugaba de nuevo el sudor de su frente.

Llevaba puesto su único traje. La negra tela relucía aceitosa por el uso. Sintió la empapada camisa pegarse a su cuerpo; apenas tuvo oportunidad, se aflojó el nudo de la corbata lanzando un profundo suspiro; aquel gesto le otorgó, por un breve instante, un aire de honesta resignación, tan apropiado para el entierro de su padre, John J. Ángel .

Al entierro acudieron pocas personas. Aun así, fueron más de las que él esperaba, sin duda alguna, aquellas buenas almas no conocieron al maldito hijo de perra que fue John.

El gesto de su mirada bastó para que el cura apurara los rezos. De inmediato, dos hombres comenzaron a palear tierra con mecánica prisa. A un lado de la fosa, Harry Ángel, su único hijo, recibía las condolencias de los escasos presentes, cuando una insistente mosca comenzó a revolotear frente a sus ojos. El movimiento de ambas manos bastó para ahuyentarla, justo antes de recibir el pésame del último visitante.

Apenas quedó a solas escupió con desprecio sobre la tierra removida. De nuevo, sin explicación alguna, un pequeño grupo de moscas lo incomodó con terquedad. Antes de marcharse lanzó un par de monedas sobre la tumba al tiempo que murmuró con rabia:

—¡Que el barquero jamás te traiga de vuelta, malparido!

Llegó a casa de su padre y de inmediato recolectó abundantes objetos de todas las habitaciones, los amontonó en el patio y les prendió fuego. Luego, sentado ante el escritorio del viejo John, observó con lenta calma como ardían los oscuros recuerdos. Abrió el cajón, ahí encontró una botella de whisky; a un lado estaba el cromado 38 Smith & Wesson que su padre siempre mantenía a la mano. Un par de moscas que caminaban sobre el frío acero del revólver parecían observarlo con obsceno descaro.

Tomó la botella y bebió varios tragos. Mientras, sus ojos recorrieron cada milímetro de aquella habitación. Fue entonces cuando volvieron los gritos a su mente. Él, acurrucado en una esquina, su padre, chillando desaforadamente, las gotas de su apestosa saliva cayéndole en el rostro, indetenible, sin darle tregua alguna, culpándolo a diario, a cada maldito segundo del día, de haberle arrebatado a su esposa el día de su nacimiento.

Sacudió la cabeza con fuerza y logró espantar aquellos inquietantes pensamientos. Con fingida calma, continuó bebiendo en silencio hasta terminar la botella. Estaba agotado, sus párpados se fueron cerrando poco a poco y cuando estuvo a punto de caer completamente dormido, apareció el insólito ruido.

Al abrir los ojos, descubrió horrorizado que la habitación completa vibraba con el zumbido de miles y miles de moscas que cubrían todo a su alrededor. Golpeó con furia sobre el escritorio una y otra vez en un intento por espantarlas, pero debajo de cada puño se reproducían sin tregua más de aquellos despreciables insectos. El espeso enjambre oscureció la habitación, los objetos comenzaron a caer por doquier. Sin que él pudiera evitarlo, las moscas invadieron su cuerpo y se adueñaron de su boca, de su garganta, de sus pulmones.

Los gritos regresaron pero esta vez se hicieron dueños inapelables de su mente. Escuchó con claridad las eternas arengas de oscuros pasajes bíblicos, la interminable lista de pecados que, según su padre, harían que él ardiera en el fuego eterno. Sintió con tanta fuerza

su maltrato, siempre verbal, pero tan eficiente que flagelaba sin tocarte. En ese momento, supo con certeza que aquellos gritos jamás lo abandonarían, supo incluso, con desolada resignación, que hasta sería absurdo intentar vivir sin ellos.

Como si de pronto el viejo John hubiera escapado de la oscura fosa, escuchó su áspera voz susurrarle de cerca el insulto de siempre:

—¡Harry, infeliz pedazo de estiércol! Eres tan imbécil que apestas y las moscas siempre estarán sobre ti.

Un torbellino de millones de moscas arrasó con la casa justo después de escucharse el disparo.

Era la vida, eso era

Lissete Juárez

Cuando al fin entramos al departamento, le pregunté a mi hija qué era exactamente lo que no entendía. Me dijo que no podía creer que, con todo el dolor por el que había pasado, me hubiera sometido de forma voluntaria a más. Como vi que se le saldrían las lágrimas, le dije que la verdad es que ella era súper mocha y le daba vergüenza que la gente supiera que su madre se había hecho un tatuaje. Su tristeza se transformó en enojo y guardó la fruta y las hojas verdes refunfuñando, mientras yo me tomaba el batido de proteína, cero azúcar, cero colorantes, cero sabor, que ella me había comprado.

Terminó de acomodar todo y me preguntó si ya podíamos tirar la espantosa lista. Me levanté y tomé el marcador. Le respondí que no era espantosa y que me alegraba haber tenido tiempo para tachar la última cosa. Entonces lo hice: puse una línea roja sobre la frase *Hacerme un tatuaje* y miré a mi hija con una sonrisa. Ella estaba a punto de llorar otra vez, así que la rodeé con mi brazo y la encaminé hacia la sala mientras le decía que todos deberían tener una lista de cosas que hacer antes de morir. Se enfadó de nuevo y, como yo ya quería que se fuera, agregué que se asegurara de que me pusieran un vestido de manga corta y me acomodaran en el ataúd con el brazo del tatuaje encima del otro, para que se me viera bien. La pobre se puso verde del coraje y me respondió que lo que me había tatuado era ridículo, que no tenía gracia y que la letra era horrorosa. Me hice la indignada y le contesté que ya me iba a dormir. Dijo que se quedaría a pasar la noche conmigo. Casi me da un infarto.

—¡Ay, mamá! Es broma. Mira, si hasta pálida te pusiste.

—Es que ya sabes que no me gusta dormir con nadie y pues hay una sola cama, mija.

—Sí, ya sé, ya sé que nadie se puede subir a tu cama. ¡No vaya a ser!

—¿Estás insinuando que soy una remilgada?

—No, mamita, claro que no. Ya me voy, ya me voy; solo paso al baño —dijo y me dio un beso en la frente.

—Anda, mientras yo me voy preparando un té para dormir, del que me trajiste. ¡Ah!, y no me vuelvas a decir remilgada.

—Yo no te dije así; fuiste tú solita —dijo levantando las manos y yo le di una nalgada. Salió corriendo hacia mi recámara—. Oye, ¿me prestas un suéter?

—Sí, toma el que quieras.

Nos despedimos con un largo abrazo y tres besos. Nos dijimos «te amo» y le reclamé que era muy mandona; le recordé que yo la había criado.

—Cálmate, Lolita —me dijo y le jalé la oreja por malcriada.

Otros «te amo». Me ordenó que me hiciera jugos, que no tomara, que no fumara. Le juré que yo ya no hacía esas cosas. «¡Bye!», nos dijimos.

Me quité los zapatos y caminé hacia el cuarto desvistiéndome. Me puse la pijama de franela y calcetines gruesos para estar en el balcón. Me arrodillé frente a la cama y me agaché. Nada. Mis cigarros y mi vodka habían desaparecido. «¡Hija de su madre!», pensé y luego lo dije en voz alta.

Después de encontrar en el baño la botella y la cajetilla vacías, me puse mi abrigo y salí a la tienda que está abajo del edificio.

Estaba formada para pagar mis latas de cerveza y mis chucherías, pensando en mi hija. ¿Cómo era posible que ante sus ojos yo fuera alguien a quien tenía que cuidar y proteger? ¡Es mi niña! Tiene veinticinco años, no debería estar pasando por esto, ¡carajo! Suspiré tan fuerte que el hombre frente a mí se dio la vuelta y me sonrió, me sonrió con toda la cara. Llevaba puesto un abrigo sucio y muy gastado. Bajé la mirada, vi que sus botas estaban agujereadas. Avanzamos en la

fila y él puso sobre el mostrador un yogur bebible y unos cacahuates. Luego de pagar, me volvió a sonreír. Pedí unos cigarros y, sin perderle de vista, inserté mi tarjeta en la máquina. Cruzó la calle vacía con un andar casi etéreo, como si no llevara ningún peso encima. Levedad. ¿Así se sentirá reducir toda tu vida a un bulto?, me pregunté. Tomé la bolsa de la compra y salí.

Él estaba sentado en una banca, en el camellón; comiendo. Crucé la acera y me acerqué. Le pregunté si podía sentarme y se recorrió hacia una esquina. Me ofreció yogur y cacahuates. Le mostré el contenido de mi bolsa.

—Tengo planes menos nutritivos. ¿Tú siempre cenas así de sano?

—Varío el sabor —me dijo.

Tenía una barba espesa y completamente gris. Me dieron ganas de tocarla y, como si me hubiera adivinado el pensamiento, se la acarició.

—¿Vives por aquí? —le pregunté y al segundo me sentí estúpida.

—No —dijo sin dejar de sonreír, porque así era su cara, una sonrisa permanente—. Voy a una función de cine al aire libre, aquí en el parque.

—¡Ah, claro! He ido alguna vez —le mentí—. ¿Cuál van a pasar?

—*El árbol de la vida*, de Terrence Malick.

—No la he escuchado.

—Creo que no es muy comercial.

—¿De qué trata?

—Me la pones difícil, pero podría decir que trata sobre el cuestionamiento de la fe, el sentido de la existencia, el ciclo de la vida —se detuvo porque empecé a llorar de forma incontenible.

—Perdón —sollocé y él se paró y me extendió la mano.

—Vamos a caminar un rato hasta que empiece la función.

Y emprendimos la marcha.

—Hoy me hice un tatuaje —le dije y me arremangué el abrigo.

—«Era la vida, eso era». Es precioso —dijo sin soltarme.

Vestido de novia

Sandra Oliveira

El viernes terminé la semana agotada, día largo y aburrido para una secretaria de oficina pública en Montevideo. Pasé por el supermercado antes de llegar a casa, compré un arsenal de comida, frutas, maní y helado para no moverme en todo el fin de semana. Esperaba habitar el sillón del living mirando la tele, tapada con una frazada y quedarme dormida, sin apuros ni exigencias de amores fugaces.

Según mi padre me estoy volviendo ermitaña, con muchas excusas para visitarlos y decretó en familia que terminaré solterona, como su hermana, la tía Cecilia. Debo admitir que tiene razón, heredé de ella su rebeldía, su querida estampita de San Antonio «para que te mande un novio» y un baúl mágico, como lo llamaba, decorado con arabescos multicolores que rotan de posición y se transforman en flores exóticas. Una artesanía que la acompañó desde que conoció Costa Rica.

Llegué a casa, abrí la puerta haciendo malabares con las bolsas, la cartera y las llaves que apenas pude colocar en la cerradura. Al entrar me pareció percibir un suave aroma a palo de rosa, tiré el tapado y la cartera sobre la silla y seguí hacia la cocina descargando todo sobre la mesada de mármol. Guardé la comida apurada en la heladera, deseaba darme una ducha. Famélica tomé un puñado de frutas de rambután o, como le dicen los «ticos», mamón chino, les quité su coraza roja y peluda, y comí su interior blanco, sedoso. Conocí esta fruta en una de mis visitas a la tía Cecilia, ella decía que eran sexi, le encantaban y hoy las consigo en el supermercado.

Me metí en el baño, prendí la estufa para calentar el ambiente y me fui sacando la ropa. En ese momento me pareció escuchar un golpe, seguro fue la puerta rota en la cocina que hace tiempo debí haber arreglado. Unos minutos después una música, como un vals de esos que se usan en los casamientos o en las recepciones aburridas de las embajadas. Mis vecinos suelen poner música muy alta, no le di importancia, solo ambicionaba el agua caliente recorriéndome, el aroma de la espuma de baño y las cremas corporales que me reanimaran. Mi cuerpo fresco y desnudo lo cubrí con la bata siempre colgada en el gancho de la puerta y llegué al cuarto, esperando ponerme el pijama más cómodo.

Sobre el acolchado de mi cama, tendido a lo largo había un vestido de novia de encaje color marfil, a un costado ropa interior blanca, una enagua de tul, medias de seda, una coronita de nácar, un pequeño ramo de flores secas, un rosario de cuentas de cristal y unos zapatos blancos de tacón bajo.

Me transformé en una Vestal Romana, sentí fuego en el rostro. Sobre la mesa de luz brillaba la cadenita de oro con la medalla que me regaló la tía Cecilia. De un lado tiene tallado mi nombre y del otro dice: «Para tu gran día, con amor Cecilia», la guardo siempre en mi cofre, en el primer cajón. Un impulso brotó como volcán, extendí mi mano sobre la tela suave, las flores, la tiara. Mientras me vestía el perfume personal de la tía se me hacía familiar mezclado con el olor característico del baúl del *living*, prenda a prenda me iba transformando, el calor se apoderaba de mí, se me fue dibujando una sonrisa, destello de felicidad desbordante. Lo último en colocarme fue la cadenita con la medalla en el cuello, tomé el rosario de cristal y me paré delante del espejo, me vi de cuerpo entero. El vestido irradiaba una luz que rebotaba por toda la habitación, las cuentas del rosario que sostenía en mi mano parecían ojos, el pelo recogido en un moño hacía resaltar la coronita en mi cabeza, las rosas dibujadas en el encaje trasparentaban mi silueta esbelta y entonces me miré a los ojos, el reflejo del rostro en el espejo no era el mío, era la tía Cecilia.

Un escalofrío me recorrió, intenté hablarle, pero sentí que me desvanecía. Quizá fue el mamón chino comido de apuro o un bajón de presión. Un instante después me encontré tirada sobre la cama, en bata, congelada y confundida. Me vestí intentando no pensar y recuperar el calor. Me dirigí a la cocina para tomar un té caliente que me reconfortara. Recorrí el pasillo desde el cuarto y me toqué el cuello, noté que tenía la cadena con la medalla puesta, sujetándola llegué al living.

Era intenso el aroma a palo de rosa, miré el baúl, estaba abierto, me asomé mirando su interior blanco y, sobre los libros, había una foto que no recordaba. La tía Cecilia y yo en la puerta de la Catedral en San José de Costa Rica, recostadas sobre una de las columnas. Ella llevaba una blusa de encaje color marfil y una tiara de nácar imitando a una novia, yo tenía en mi mano un ramo de flores, la medalla en mi cuello resaltaba al centro de la foto y una gran sonrisa cómplice nos unía.

Detrás nuestro se veía a la perfección, en la fachada, una hornacina con la imagen de San Antonio. Ese día la tía Cecilia me regaló la estampita.

Mateyo

Carlos Ortega

Para Mateo el día es cuando las aventuras ocurren y la noche es una excusa para que las aventuras no ocurran y, después de pensarlo una tarde, concluyó que la vida se trata de luchar contra los ninjas atómicos, saltar tan alto como saltan los grillos y erradicar el virus-zombie. Para un Mateo dividido en dos lenguas, los cojines son *pillows*, los ninjas son *menjas*, la cobija del perro es una *cape*, Carlos es *Calosh* y su nombre: *Mateyo*.

Mateo, sorprendido, encuentra a su tío acostado en el sillón con su antebrazo tapando sus ojos. Cree que está jugando al hombre-montaña. Después de picarle la panza tres veces y saltar sobre él, sin recibir respuesta, se da cuenta que el juego requiere otras atenciones.

—*Mateyo*, me duele la cabeza hoy no puedo jugar, tuve un día muy pesado en el trabajo.

Mateo ahora sorprendido por la palabra dolor, responde:

—¿Te *dole*?

—Me dole mucho *Mateyo*.

Mateo supo que la operación, curación-hombre-montaña había comenzado, y naturalmente asegura el perímetro. Corre hacia su cuarto, destiende la cama, y con la fuerza de una hormiga arrastra las cobijas que son cinco veces su tamaño y tapa a *Calosh*.

—¿Te *dole*?

Y sin esperar respuesta, Mateo recurre al método más curativo, cubrir a su tío con los tres objetos más importantes del universo.

Primer objeto más importante del universo:
Pillow mata virus-zombie

Los ronquidos se escucharon en la noche. Son de los poseídos por el virus-zombie. El virus-zombie entró por sus gargantas y salió como una especie de gruñido. Por suerte, Mateo y Calosh tenían la dosis anti-zombies: Guerra de cojinazos sin tregua y solo hasta que el virus deje al huésped que habita. Esa noche la curada fue Silvia, la tía de Mateo.

—¡Ches Chamacos!, déjenme dormir.

—¡No!, estás zombie, estás zombie —Mateo gritó mientras la lluvia de cojinazos caía sobre Silvia.

—Es por tu bien, no te resistas —.dijo *Calosh*.

—¡Ya!, déjenme chamacos locos. Carlos, no puedes seguir dándole cuerda a *Mateyo*.

Está de más decir que no pararon hasta que Silvia se incorporó a la afrenta. Jugaron el resto de la noche.

Mateo, después de haber recogido la almohada, la colocó en la cabeza de *Calosh* y le preguntó:

—¿Te *dole*? —sin esperar respuesta fue por el siguiente objeto.

El segundo objeto más importante del universo: Twin-espadas-menjas.

—*Menja*, *menja*, *menja*.

—*Mateyo*, ¿Qué haces chamaco loco? ¿Ya no quieres que siga leyendo?

—*Menja, menja, menja, ¡MENJA!*

Calosh leía a Mateo sobre los átomos y lo pequeños que son, y era natural concluir que si algo tan pequeño existiese y permaneciera oculto a simple vista, debía ser obra de los ninjas. Mateo supo lo que tenía que hacer: rompió el plato de plástico en dos, así se forjaron las *twin-espadas-menjas* y destruyó a todo ninja

atómico alrededor suyo. Lo consiguió, al hacer movimientos aleatorios atacando todas las direcciones. Después de derrotar a todos los que estaban en su cuarto, comenzó su campaña para liberar la casa de la amenaza oculta. Se escucharon *Menjas* por la cocina, *Menjas* por la lavadora, *Menjas* por el cuarto de los papás, *Menjas* alrededor de *Calosh*. *Menjas* y más *Menjas* en el cuarto de la hermana (ahí no había tantos, pero era divertido molestar a la hermana, Mateo confesó después).

Mateo corre hacia afuera de la casa, y en el escondite ninja, toma el plato de plástico dividido en dos. Corre de regreso, se apresura a ver al tío y coloca las twin-espadas-menja en la cabeza del todavía hombre-montaña.

—¿Te *dole*? —pregunta Mateo y sin esperar respuesta va por el último objeto.

Tercer objeto más importante del universo: The cape levitatoria

Mateo descubrió que él también puede surcar los cielos como lo hacen las aves. Pero en lugar de volar de un árbol, Mateo usó la litera del cuarto de la hermana. Se aventó del colchón superior hacia los cojines previamente puestos en el piso. *Calosh* y Silvia observaron cómo Mateo se enfrentó al vacío, aterrizó en las cobijas, volvió a subir la litera y se entregó al aire una y otra, y otra vez.

—Ten esta capa *Mateyo*, te va a hacer volar más —Silvia le pone la capa a Mateo.

Mateo, con energías renovadas, saltó hasta casi tocar el techo.

—Más alto *Mateyo*, más alto —*Calosh* y Silvia lo vitorearon.

Mateo, con el objetivo de volar por encima de todo, comenzó a brincar más alto. Puso a prueba la gravedad. Por esa noche Mateo transformó el significado de volar.

—Más alto *Mateyo*, más alto, tú puedes.

Mateo tomó impulso. Lo llenó una electricidad que se esparció

por la habitación, acomodó su capa y Mateo descubrió qué es la levedad.

Mateo corre hacia el cuarto de la hermana. Entra y la escucha gritar, porque le molesta que se meta sin permiso. Va hacia el clóset y toma la *cape-levitatoria*.

—Mateo, esa es la cobija del perro, ya te dije que no la agarres —la hermana le dice en tono de reproche.

Mateo, sin ponerle atención, corre hacia donde está el tío. Y con una tranquilidad ceremoniosa coloca el último objeto en el cuerpo del hombre-montaña.

—¿Te *dole*? Le pregunta a *Calosh* cubierto por objetos mágicos.

—Gracias *Mateyo*, ya no tanto.

Mateo, respira hondo y después de pensar que ya no había más que pudiera hacer, le mueve el brazo que le cubría los ojos y sosteniendo la mirada le dice:

—Si te *dole* a ti, me *dole* a mí.

Al escuchar esas palabras, los objetos más importantes del universo se hunden en el cuerpo del hombre-montaña. El *pillow-mata-virus-zombie* destruye toda enfermedad. Las *espadas-twin-menjas* eliminan todo mal atómico y en un momento fugaz, la *cape-levitatoria* saca a *Calosh* de la montaña en que estaba preso.

Mariposa

Angelina Peraza

Llegó la Nochebuena. Enriqueta salió «a ganarse el pan con el sudor de su cuerpo», como dice ella, y Toñito, su hijo, se fue con los amigos. Tiene diecisiete años y no le tiene miedo al coronavirus, dice que a él no le pasará nada porque es a los viejos a los que mata. Por eso decidí acostarme con el tapaboca, a pesar de que la tela de saco con la que lo hice me da picazón. Aguantaré. No quiero espantar al viejo barrigón, de barba blanca, que no ha venido ni una sola vez a traerme un regalo. Aunque ya entendí el porqué. Ha sido culpa mía por pedir cosas muy pesadas: una familia, una casa, una nevera llena de comida. También por pedir cosas innecesarias, como unos patines de hielo en un pueblo donde el calor nos golpea el año entero y las nubes de mosquitos nos persiguen como si fueran abejas y nosotros miel. Seguro que el viejo de barba blanca pensó que estaba loco, pero yo he visto la nieve en la tele y vi una película de una ciega que se convirtió en una famosa patinadora sobre hielo; quizá no entendió que yo quiero ser como ella. Nadie me entiende, ni siquiera él, al que llaman *Santa* por ser santo. Y al Niño Jesús, ese pobre bebé en un pesebre, nunca le he pedido regalos ni milagros.

Esta tarde salí a vender conservas de coco. Me encontré a Dionisio sentado en la acera con la cabeza entre las manos. «Maldito 2020, maldito 2020», repetía, borracho. Se quedó sin trabajo porque el bus que manejaba ya no viaja a ningún lado. Llegué al centro y me dio tristeza ver tantos locales cerrados. La plaza con poquita gente. Era

todo tan raro. «Una Navidad diferente», me dijo la anciana que cuida a las palomas cuando me pagó la única conserva que vendí. Entonces me volvió la esperanza. Recordé las palabras de la amiga de Enriqueta, la adivina, que dijo que uno renace cada siete años. «Así que yo estoy en la edad para renacer. No puedo perder esta oportunidad, en abril cumpliré ocho años».

Y aquí estoy desnudo sobre el camastro, con mis ojos color barro puestos en las vigas donde se esconden los murciélagos; pero hoy no me asustan, si pudiera quitarme el tapaboca les sacaría la lengua. Mi piel está erizada por la emoción. Me llamaré Josefina, con cuatro letras extras mi nombre tendrá belleza. Me dejaré crecer el pelo hasta la cintura, me pegaré pestañas, me compraré vestidos de colores pasteles y zapatos de taco. Después me iré a uno de esos países que tienen mucha nieve. Por fin, seré feliz.

Calculo que son las diez o las nueve, ojalá fueran las once y media. No quiero dormirme hasta pasadas las doce. La brisa entra suave por la ventana. Huele a verde. Afuera cantan las hojas de los plátanos: frrr, frrr, frrr. El monte ruge: grrr, grrr, grrr, igual que mis tripas. Salvaje, como un gato montés, es la noche; aun así, no siento miedo. No estoy solo. Aunque no las veo, sé que las estrellas me acompañan en esta Navidad diferente. Una Navidad para el niño al que el cuerpo le anda por un lado y el corazón en sentido contrario como los carros en la carretera. Pero, porque es una Navidad diferente, estoy seguro de que el viejo de barba blanca sí vendrá a traerme mi regalo. Además, no es pesado y lo necesito.

Cierro los ojos y lo digo en voz alta:

—Mariposa.

Mi deseo aletea tan fuerte que me va a reventar el pecho. Sé que él me entiende y lo puede hacer realidad con su magia. Arrugo los párpados. No quiero estropear las cosas por mirar a destiempo.

Espero... Espero… Espero….

Antes de que el sueño me tumbe, se lo explico porque con la gente mayor nunca se sabe:

—Que el gusano
que crece
entre mis piernas
se transforme
en una
mariposa.

El abuelo

Gilberto Pérez

La Parroquia de San José de Cupertino se llenó una hora antes de empezar la ceremonia. Habiéndose fundado como capilla de hacienda, le fue quedando chica al pueblo. Para los que no alcanzaban a entrar y tenían que permanecer afuera, habían conseguido, con ayuda del presidente municipal, unos altoparlantes que le confiscaron, por ruidoso, a un húngaro que vendía pociones mágicas.

Dentro del templo las múltiples imágenes de Cristos sangrientos, despeinados, espinados y en taparrabos, contrastaban con los rígidos vestidos de tul de las mujeres que agitaban agobiadas sus abanicos chinos. Los hombres, poco acostumbrados a usar traje y corbata, se secaban el sudor con sus pañuelos.

Todos paraditos en sus puestos, no les fueran a ganar su lugar, acomodados del lado izquierdo, estaban los parientes e invitados de Consuelo, mi prometida. Los míos, al otro lado del pasillo. Todos debían acomodarse de acuerdo a un caprichoso orden jerárquico con códigos establecidos desde la Creación. A quien tuviera el infortunio, la torpeza o la osadía de elegir un lugar que, a juicio de los feligreses, no le correspondía, la mirada incisiva de la multitud silenciosa no le dejaría en paz hasta que ocupara su lugar correcto. Era el pasatiempo favorito de los invitados y solo sería interrumpido por las notas del *ta-ta-ta-tán* de Mendelssohn anunciando el inicio de la entrada del cortejo.

Del lado derecho, en la primera fila, se sentarían la abuela con su gesto adusto, sus hermanas y los maridos de éstas, pensando de seguro que estarían mejor en cualquier otro lado.

Al abuelo no le gustaban las iglesias, no había boda, bautizo o funeral que lo hiciera entrar. «Aquí me quedo afuera fumando», decía siempre, «hace calor adentro y el olor de ese polvo que echan como humito me pica la nariz».

La plaza principal, más bien la única, era rectangular con árboles de sombra en su contorno. Tenía la iglesia en un extremo y la concha acústica, donde la banda del pueblo ya afinaba sus instrumentos alistándose para la fiesta, en el extremo opuesto. De un lado estaban el viejo palacio municipal, una cantina y un pequeño hotel. Del otro lado, la tienda de abarrotes de la Compañía Nacional de Subsistencias Populares y la casa de mis abuelos. El pueblo entero se había volcado hacia la plaza. Los ancianos sentados en las bancas alineadas en el perímetro alimentaban a las palomas, mientras los adolescentes, vestidos todos con sus mejores galas, caminaban en círculo, los hombres para un lado y las mujeres para el otro, en un colorido ritual de apareamiento. Los niños se divertían molestando a los beodos, quienes a su vez, para el regocijo de todos, los correteaban tambaleándose y balbuceando incoherencias. Había globos de colores, carritos de paletas, de churros y vendedores de algodón de azúcar del color del cielo. Las madres paseaban a sus bebés en sus carriolas. La fiesta era para todo el pueblo.

Justo a las puertas de la iglesia, en una pequeña explanada, formábamos dos filas. Yo llevaba media hora del brazo de mi madre, que se aferraba a mí como si me fuera a perder para siempre. Sudaba nervioso, dudando acerca del paso que estaba a punto de dar. Mi padre, a quien le tocaba ir del brazo de mi futura suegra, permanecía callado, inmóvil y derechito, estoico. Damas, pajes, padrinos de arras, de anillos y de lazo completaban el cortejo, y todos esperábamos acalorados la aparición de la protagonista de la añeja ceremonia que me convertiría, por obra y gracia de nuestro Señor, en el poseedor del tesoro más preciado. Estaba a punto de casarme, para siempre, ante el Dios que unió a nuestros primeros padres en el paraíso, a ser fiel en las buenas y en las malas, en la salud y en la enfermedad. No

podría desear a la mujer de mi prójimo, ni un poquito. No más juergas, no más levantarme a la hora que se me pegara la gana. De ahora en adelante todo sería compromiso y responsabilidad. Me empecé a sentir agitado, mi cabeza daba vueltas y el pecho me dolía. El traje se sentía pesado, como si fuera una armadura medieval y me estaba asfixiando.

En ese momento sentí una presencia que me hizo voltear hacia la derecha de la explanada. Ahí, debajo de un fresno, estaba el abuelo, su vestimenta impecable. Jugaba con la cadena de su reloj de bolsillo y un cigarrillo le colgaba de la comisura de los labios. Me miraba con una expresión que parecía comprender lo que me estaba sucediendo. Sentí un fuerte deseo de abrazarlo, y soltándome de mi madre caminé hacia él hasta que estuvimos frente a frente. Me tomó de los hombros y con su voz profunda me dijo:

—Mijo, traes la corbata chueca.

Luz de domingo

Juan Saiz

Anoche, un melodrama de José Luis Garci, *Luz de domingo*, me tuvo enganchado a la tele hasta su desenlace, cuando el abuelo de una joven violada en un pequeño pueblo de la España profunda, a principios del siglo xx, hace justicia por su cuenta, a tiros de escopeta, como en una *vendetta* siciliana y mata al cacique inductor y a sus tres hijos violadores. Reconforta el final, con un mensaje de esperanza: la joven pareja ultrajada, con su niño en brazos, llega en barco a una gran ciudad, inconfundible por las altas aristas que rasgan el cielo del que baja una dorada luz de domingo.

Bendita casualidad. A las pocas horas tomamos el vuelo que nos lleva a esa ciudad. Marisa ha organizado el viaje como premio por los 47 años de matrimonio. A las 10 AM ya esperamos el despegue. Son ocho horas de vuelo. Ella siempre busca ventanilla, a mí me basta con mi cuaderno de notas. Sin él no soy nada. A veces, me lío y esbozo un relato completo; otras, simplemente recojo una frase, una idea o una sola palabra que, más adelante, me servirán de arranqué para trenzar una historia, o no.

Si volviera a nacer, lo dejaría todo por la quimera de ser escritor... viviría en Nueva York o, al menos, pasaría el tiempo suficiente como para empaparme de la inspiración que provoca su luz. José Martí, García Lorca, Juan Ramón y muchos otros se dejaron atraer por esa ciudad, y luego fueron transformados, literariamente.

Le cuento a Marisa parte de mi hoja de ruta:

—Quiero que me hagas una foto en la puerta del edificio Dakota, donde Polanski rodó *La semilla del diablo* y un fanático asesinó a John Lennon; cruzaremos a Central Park y enseguida estaremos en

el memorial de Strawberry Fields, para cantar temas de los Beatles, a capela. Bajaremos sin prisas por el parque, buscando la esquina este y llegaremos a la 5ª Avenida. En Tiffany te haré una foto con el escaparate de fondo y un collar de perlas, luego iremos al respiradero de la esquina de Livingston con la 52, donde el aire cálido del metro levantó las faldas a Marilyn, tomaremos pastel de carne en el Katz's Café, está cerca, y recordaremos cómo Meg Ryan fingió el orgasmo de cine más inolvidable. ¿Te atreverás a emularla?

—No creo, estás loco —y se ríe—. Lo cuentas todo como si lo conocieras.

—¡Lo conozco! He estado aquí muchas veces. Llevo más de medio siglo en esas calles, puedo caminar por ellas sin planos, siguiendo los pasos de los protagonistas de mil películas.

Al mediodía, aterrizamos en el JFK. Alex nos espera en la salida de la T5. Es el guía venezolano que, durante años, tiene concertado Marisa en Nueva York como receptivo de nuestra pequeña agencia de viajes. Llueve levemente. Al oeste, se adivina Manhattan, envuelta por un halo de oro. Le digo que queremos comer antes de llegar al hotel, y nos para en un local sencillo, próximo a Chinatown, el Golden Diner (comedor dorado), otro guiño a mi película de anoche. Comemos unas hamburguesas enormes. Entre las canciones que suenan de fondo, me atrapa una de Leonard Cohen, que traduzco mentalmente: «Nos sentenciaron a veinte años de aburrimiento / por tratar de cambiar el sistema desde dentro. / Ahora vengo a cobrármelo. / *First we take Manhattan*».

Repasamos con Alex las rutas urbanas que ya tiene habladas con Marisa: La pequeña Italia, Chinatown, los rincones de West Side Story, el Instituto Cervantes... Luego, le pido que pase por la librería MacNally Jackson, en el 52 de Prince Street, del Soho, donde el jueves tengo una cita para concretar la presentación de mi último libro, *Cayo es mortal*. Alex se interesa y le regalo un ejemplar. Dice que le tenga al corriente sobre la fecha, para acudir con su hermana y los lectores hispanos que pueda reunir ese día. Bien.

Nos deja en el Pennsylvania, cuyo entorno me lleva a otra película de Garci, *El Crack*: el Madison Square Garden y la Penn Station, enfrente. Descansamos unas horas en la habitación. Al atardecer, subimos paseando por la 7ª hasta Times Square. Sobre el mapa parece cerca, pero hay un buen trecho. Cuando llegamos ya ha anochecido. Las luces de neón lo envuelven todo. Entramos en el mítico Bubba y pedimos cucuruchos de camarones en tempura; durante la cena, evoco escenas y canciones de *Forrest Gump*. «Mi vida es cine, Marisa, he visto muchas veces esa peli y siempre encuentro en ella detalles que me sorprenden», le digo, y jugamos a recordar algunas de sus canciones, apuesto por *Aquarius,* tema también de *Hair*, rodada en el Central Park.

Cogemos un taxi para regresar y caigo rendido en la cama, pero a las pocas horas tengo los ojos como platos. No sé si es por los efectos del *jet lag* o por la inquietud que me producen tantas emociones, pero no puedo dormir. Dejo una nota escrita a Marisa y salgo a la calle. Es de noche. Busco un taxi en la puerta del hotel y encuentro un *driver* colombiano. Le pido que improvise un recorrido especial. Apuesta por la fantasía del Skyline y me lleva a un rincón escondido, bajo el puente de Blooklyn, luego sube por Long Island y para en varios miradores. Aún es de noche cuando llegamos al puente de Queensboro, donde busco y no encuentro el banco desde el que Woody Allen y Diane Keaton ven amanecer al final de la película *Manhattan*. Los primeros rayos de sol comienzan a salir a nuestras espaldas. Tiñen de dorado la estructura del puente y la línea del cielo de la ciudad, al otro lado del río. Con el cambio de hora y tantas emociones amontonadas, no sé ni qué día ni qué hora es. Me da igual, ese amanecer me dice que hoy es fiesta. Ahora entiendo mejor la frase final de la película de la otra noche: «En Nueva York hay luz de domingo todos los días de la semana».

MICRORRELATO

Soy turista de mi mente

Ariana Contreras

Soy turista de mi mente. Paso horas recorriendo largas carreteras de memorias. A veces, cuando es de noche, tomo autopistas peligrosas que terminan en asaltos por parte de recuerdos que en el día subestimé. A veces incluso atropello memorias que creía muertas, pero al verlas tendidas en el piso, arrolladas por descuido, me doy cuenta de que solo estaban escondiéndose de mí para no herirme.

A veces, la carretera está tan borrosa que me asusta. A veces tomo atajos. A veces atravieso nubes de neblina que condensan mis ojos. A veces de ellos surgen gotas de lluvia. A veces inundan mis pensamientos, escondiendo topes y banquetas.

A pesar de esto, le he agarrado gusto a manejar. Así aprendo a asimilarme, a reconocerme. Mi licencia y mi pasaporte son mis más valiosas pertenencias.

El regreso

María Eugenia Falomir

Primero buscaron en el bosque, después a lo largo del río y en cada ranchería. Ninguna recordaba el lugar exacto. Desde esas alturas todo se veía distinto. Menos mal que estaban solas cuando las fotografías se revelaron y se pudieron desprender del papel para volver a sí mismas. Antes de alzar el vuelo, con un esfuerzo casi corpóreo, generaron el chispazo que consumió aquel material fotográfico que las había secuestrado. Traspasando paredes para alejarse del fuego, emprendieron el regreso entre pinos y laderas con la esperanza de volver a sus cuerpos, antes de que se enfermaran de tristeza o se quedaran sin ánimo para vivir. No volverían a danzar yúmari frente a fotógrafos ávidos de almas.

[quiero hablar a mi ritmo]

Miguel Antonio Guevara

Aquel hombre, un pintor, tal vez, digamos un pintor para no dar detalles, lanza un trapo contra el lienzo, vibra el bastidor y el caballete nada que se mueve. Así es un basamento: inmóvil. Se escucha una voz que dice: la obra se llamará *Teatro de la mente* o *Síndrome del miembro fantasma*. ¿Sabrán mis amigos que pienso invitarles? El estreno de la función es hoy. Es de mal gusto hablar con la jeta llena y creo que todavía tengo la boca repleta de asombro. Me he puesto ridículo y triste. Me he comido un paisaje de muerte hace unos días. He recibido al fin el mensaje y se vuelve a escuchar la voz que dice: no sé qué decir, solo quiero volver a hablar y que me escuchen, desde luego, sobre todo cuando lo hago a mi ritmo. Es lo único que sé: quiero hablar a mi ritmo. Creo que debo recoger el trapo y esta vez no esperar que se mueva el paisaje o lo que sea que tengo frente a mí. Aunque, si lo pienso mejor, ¿será necesario todo este alboroto?

Hora del baño

Pablo Osorno

El agua de la regadera resbala por mis piernas. Me busco en el eco del baño, haciendo que el volumen de mi propio ruido se sobreponga al de las gotas que me llueven. Escarbo en la bóveda que forma mi cráneo y tropiezo, a veces, con alguna nota musical perdida en mi memoria, ajena a cualquier canción conocida y, más bien, un rezago de mi incapacidad de permanecer en silencio. Me impresiona la quietud de este espacio blanco y de paredes lisas, chorreantes de vapor que se desliza en mis oídos hasta inundarme de nada más que tibieza y jabón. Me siento. Apago la regadera y permito que mi piel se enfríe al contacto con el mosaico del piso. Permanezco callado y rebusco de nuevo en mí hasta que me he secado por completo. Entonces me pongo de pie y descuelgo, más por costumbre que por apuro, la toalla del toallero. Miro mi reflejo nublado en el espejo y dirijo mis pisadas descalzas a la puerta; la abro y el aire del cuarto me encoge el cuerpo. Apago la luz del baño y cierro la puerta tras de mí. Queda entonces encerrada una parte de mí que se ha ido en la humedad de la coladera.

Paseaba por el centro de la ciudad...

Ruth Pérez Aguirre

…cuando una idea me asaltó. Entré a una tienda, compré una falda entallada y una blusa sin hombros que remataba en un hermoso olán de encaje. Ay, ¡con tanto calor se antoja! En una zapatería me probé como veinte pares de zapatillas y añadí una bolsa que me guiñó el ojo. En una corsetería conseguí medias oscuras y un brasier con mucho relleno. Accesorios había por montones, una verdadera locura. Una peluca me fascinó y no pude resistirme a su encanto. «Me la llevo», le dije al guapo dependiente que iba detrás mío con mucha cortesía. Entré al baño de un restaurante, me maquillé y estrené todo. Al salir escuché piropos de gente conocida: «¡Qué bella estás, Manuela!», «Mi reina es: ¡Manuelita!».

¡Ay!, ¿por qué me pusieron Manuel si me gusta más Manuelita?

POESÍA

mi experiencia en el amor

Yolanda Arroyo Pizarro

mi experiencia en el amor tiene *cuerpa queer*
exige respeto a esta piel y su *ancestría*
ama desde esta negrura corpórea
nace y muere cualquier octubre
desfallece en todo este lagrimal mar
una experiencia de amor que carece de amor

mi experiencia en el amor por quienes me aman es que no me aman
ha sido una praxis constante
quienes me aman me pasan factura si les dejo de amar
si me invitan a viajes y al tiempo ya no correspondo
si cambio de opinión por la prioridad de mi afecto
si en honor a mis libertades decido rebelarme
me cobran el viaje, recaudan peaje por *ya no ser*
reclaman la deuda del pasaporte
realizan el listado de los pendientes que antes fueron regalos
y que ahora *prostitutamente* debo devolver
me lanzan pertenencias al balcón o a la acera
dildos, condones, brasieres y carteras
alegan el cierre de una relación
que veinticuatro horas más tarde
desearán reabrir
desde la súplica arrepentida, repetitiva, acosadora

mi experiencia en el amor es que no hay amor
quienes me aman tiran mis cabellos
mis trenzas, los *dread locs*
mis pelucas y extensiones sobre baldosas
lanzadas a la vista de todes
sabiendo ellos desde el *black love* lo que implica
la divinidad de mis zeretas y mis rizos
mi experiencia en el amor ha sido
que quienes me aman
son capaces de arrojar mi negra cuerpa
al departamento de la policía de puerto rico
tan solo por dejar de hablar
dejar de contestarles
tan solo al mantener silencio por diez meses
tan solo por haberles bloqueado en redes
por haberme ido
por haberles abandonado
aunque alguna vez se hayan declarado
abolicionistas de esa misma *police department*

mi experiencia en el amor ha sido un discurso antirracista vacío
quienes me aman no me aman
no me respetan
no me defienden
no hay tal cosa llamada *Su amor por mí*
no hay afecto en mi experiencia de piel
todo es un intercambio de obediencias y voluntades
no existe tal amor
no existes tú amándome
y no existo yo ilusionándome

como instrumentos de dioses

María Barbieri

tocábamos la música de aquella tarde por las colinas donde
[vagan todos los verdes
por la tierra del río de los pájaros de barro pintado con las manos
[tocábamos el cielo
como si el mundo fuera un lugar alhajado de espíritus y
[estuviéramos en un paraíso
sonábamos dichosos entre zorros y surubíes volando entre rojas
[colas de estrellas

tocábamos la música de aquella tarde por una intemperie
[emplumada de piedras preciosas
y eran reinos vegetales los lapachos rosados los sauces
[las palmeras los fresnos
por los montes por los bosques entre ríos y arroyos entre lagunas
[y charcos entre irupés
olvidándonos por un instante del dolor de los pueblos y
[de nuestros pequeños dolores
para volver a ser después los mismos de antes
antes que nos tocara el misterio

tocábamos la música de aquella tarde por una luz de garzas entre
[girasoles amarillos y rojos
donde los pueblos son entre lenguas de agua iluminados por
[la poesía que está en el aire

con la ahogada libertad posada en los tallos de los pastos de seda
[entre parrales y limoneros
de aromas brillantes la luz sobre las colinas para delicia de todos
en el sudario de los campos donde aún brotan lanzas
[y puntas de flechas
en la victoria de la inocencia que en cada día se planta en
[la delicada injusticia del caos
cuando las cosas que son parecen orar en las puntillas del aire
[cayendo como si subiera
a la hora en que hay palabras que suenan en el camino entre
[madrigales y suspiros
por las orillas del canto rodado que se despiela para volver a nacer
[una vez y otra vez y otra

tocábamos la música de aquella tarde por las manos
[de mi provincia que es una isla
dulce compañía en un reino de barro tembloroso
[en el que manda desnuda la poesía
que vive en la transparencia del aire habitado por comadrejas
[y barrancas de mica y cuarzos
en el soplo del tiempo tocando sin tocar lo que sentíamos
la música de la luz en el cuerpo de acero blando del río cuerpo
[de león de águila de cielo
esas aguas que bajan enloquecidas dando golpes fieros con patas
[y alas que viajan
salpicando las escamas del conejo de la luna que nos espía
[desde su madriguera de plata

tocábamos la música de aquella tarde por una luz de garzas
[entre girasoles amarillos y rojos
festejando la luz que éramos en los juegos de un universo
[que no espera nada

hablábamos sin pretensiones de lo sagrado sentados
[en un viejo almacén de puerto
en un tiempo sin tiempo como en las hamacas del viento
[conversábamos del carozo del ser
huidos de la ciudad de los papeles de las avenidas
[de las oficinas de los teléfonos
éramos tan sueltos en la nocturnidad zigzagueante
[de la costa por los caminos polvorientos
amamantados por las aguas de un río mamífero que aullaba
[como juncos éramos
como si no hubiera más sentido que dejar ser la palabra
[haciéndose en la corriente

como una música más del universo en aquella tarde en el encaje
[del misterio
como si principio y fin fueran uno en un presente eterno
[en el imperio de lo que es
ver y oler la vida acostándose con el ser
con la medida humana soñábamos con la pena de que la sabemos
[perdida para siempre

hablé a la oscuridad húmeda de arcilla leyendo con mis ojos
[las hojas de los árboles negros
hablé con la saliva mineral de los salmos de la noche
[amanecida cayendo
dije cada palabra como si cada letra fuera una cosa precisa
sin atavíos la lengua en una sobriedad de aljibes sonando
[en cubos con luna recién nacida
como si dentro de un sueño que sueña un sueño hubiera
[dioses jugando con chucherías

había ranas bajo una nube que dudaba oscilando
[entre el rojo y el naranja
las escuchamos mientras nos dábamos descarnados
[a los riesgos de los alambiques
que proponen las rajas de los mundos a esa hora
hasta caernos bajo las copas vegetales llenas de ojos y alas
[y destellos de diálogos
que nunca podremos comprender
y por lo que los dioses se echan a reír con nuestras bocas
[de nuestras espaldas

extrañados por el modo de estar en el mundo parecen decirnos
no se entiende lo de ustedes que viven lejos del corazón
[de los pasos de la sombra dicen
mientras vamos por la aldea entre las colinas de terciopelo
[caminando por una calle desierta
que parece abandonada aunque besada por la humedad
[dulce de los campos
y la sonrisa de los dioses que nos acompañan para que no
[se desteja la luz de la tarde
en que flotamos como un manto vano sobre la sabiduría
[de los sembradíos
mientras se hace la noche y la vida parece al mismo tiempo
[un beso y un abrojo
en un relámpago que suena con las voces de un silencio
[hondo que no cesa

tocábamos la música de aquella tarde por cábalas y lagrimales
[íbamos levitantes
en la bandera de un viento que nos alejaba de los benteveos
[y de las patas de las vacas

dejábamos el horizonte atemperado del campo entre lomadas
[íbamos rumbo a la ciudad
haciéndonos nocturnos en un deseo de ser la noche sin ruptura
para entrar en el amor tal como es
de oro de plata de plegarias de reniegos de sortilegios de conjuros
como si los dioses festejaran esta melancolía de equívocos
para darnos a beber temblorosos la dicha de ser ebrios de paisaje
[en esta fiesta inefable
a la que están invitadas todas las criaturas de la Tierra

íbamos en remolinos desplazándonos al ritmo de los giros
[del planeta deshilado
hasta arrancarnos el manto de la blasfemia de la historia
[que devora la vida
y ser
en la respiración del tiempo
ser una música divina derramándose en un universo
por la pena festiva por tanta belleza que no podemos contener

como instrumentos de dioses tocábamos la música de aquella tarde

Mujeres

Gilda Cruz Revueltas

Tréboles
de
fuego
en el
delirio
de la
tarde

la oscuridad
del frío
el acero
hierve

necios
hombres
pero
nosotras
irreales
despertamos
sigilosas
testarudas
alegres.

Poemas

Barbarella D'Acevedo

Parques

A Alejandra Pizarnik

Ya no recorro más las calles,
ni los lugares concurridos
donde el humo en las tardes
no nos permite ver el rostro de los otros,
o nuestro propio rostro en ese espejo del bar,
al fondo,
detrás del hombre que prepara los cócteles,
el humo de los cigarros encendidos para pasar el tiempo.
Siempre hay un hombre que prepara los cócteles.
A veces, prefiero solo un parque
y el silencio
azul común.
A veces,
no quisiera encontrarte, Alejandra...
Quizá sería más inteligente huir de ti.
¿Qué quiere decir tu nombre, Alejandra?
Tu nombre en este parque,
escrito por mí, con una piedra
contra el suelo
una piedra que recojo al azar
(aunque el azar no exista).

Tu nombre contra el mundo.
De asfalto.
Mudo.
Hubo un tiempo en que solo preocupaba la próxima palabra.
¿Y ahora?
¿Cómo sería vivir a mi lado?
¿O al tuyo?
Que llegas,
te sientas junto a mí en un banco de parque,
como si tú tampoco pudieras verme.
Como si el humo…
Porque pareces una postal en blanco y negro.
El cielo se recorta tras tu rostro.
¿Quién podría querer abrazarte, Alejandra?
Todavía pregunto
si existe alguna cura
que nos libre del frío en ciertas horas.
Abrazarme.
Una cura con el sabor a aquel jarabe de la infancia.
Alejandra, ¿te acuerdas?
Una cura con sabor a cóctel
para librarme de la sombra
rumbo a la noche que ríe,
mientras las dos permanecemos mudas
en un banco de parque,
y el silencio nos roza los párpados
cual si fuera un sueño hondo
dulce sueño,
la frase que te digo en cada despedida.
Junto a este transcurrir sin importarle a nadie.
En el lugar de dónde vienes,
¿existe un sueño, Alejandra?

Enciende un cigarro, Alejandra
Humo, banco, parque…
Tablitas de madera escindidas de un árbol.
Ramas, Alejandra,
en que te meces
como un pájaro.
Y sé que piensas en un pájaro hueco,
taxidermia de pájaro sin alma,
sin ojos
mientras yo solo anhelo
que me veas.

Culinaria

Enciende el horno.
Repite la receta,
las tazas de azúcar,
la pizca de sal.
Nota que se le acaban las grajeas
azules.
Mantequilla.
Amasar.
¿Y el poema?
Más tarde…
«¡Mamá!»,
los hijos llaman.
Él no supo llegar a su noche.
¿Y el poema?
Después.
Luna, sollozo, sueño…
«¡Mamá!»
Mejor si nunca…
Casca los huevos,
los aprieta en sus manos
hasta que se derraman.
Mezcla.
Se pregunta por él,
¿por qué no llega?
«¡Mamá!»
Recita la receta de memoria
como el credo:

«Creo en…
murió, y al tercer día».
Al tercer día.
«¡Mamá!»
Abre el horno.
Prueba el merengue en su dedo
blanco como la luz.

Mujer Lázaro

A T.H.

Y luego él iba a tratar
de mantenerte viva…
Pretender
atravesar el cristal
y encontrar otra vez tu cuerpo
igual que la primera noche
tendido bajo el claro de luna.
¿Qué habrías querido decirle
que no le hubieras dicho antes?
¿Qué habrías podido decirle,
tú,
con esa voz afónica
silbido de campana distante
en la hora del Angelus?
Tú,
sobre el lecho de azaleas
bajo el claro de luna
en la memoria detenida
de cómo llegó a tocar tus párpados
a ordenar una vez,
hace ya tanto:
«Despierta».
Él iba a intentarlo
terco,
como si fuese Cristo.
Quizá el cargo de conciencia...
No lo sabremos.

Sería lo mismo que preguntarle
si te amó,
si nos amó
o solo intentaba preservarse allí,
junto al cuaderno
que guardó su nombre
en una esquina.
Sería lo mismo preguntar
qué hizo con el desorden
de la casa.
O si las pequeñas huellas
de tus pies en el polvo
significaron algo para él,
un vuelco.
No lo sé.
Otra vez, no lo sé.
Un vuelco en sus horas
de romper
con lo ordinario de los días.
Tus pies de Lázaro descalzo
que se alejaban,
los pies,
mis pies,
sin que nada,
ni él,
pudiera detenernos.

De lo que significa vivir y no solo permanecer viva

Elena de Hoyos

Cómo habitar mis horas
para que no vuelen
como cáscaras vacías

Cómo espantar
las culpas ávidas de castigar
sueños inconclusos

El refugio de la poesía
no alcanza
a saciar la sinrazón
del ser, sin hacer

Cuál de las que soy
es la que vale oro
y cuáles son desechables

Cómo elegir
a la que me habita en el momento
sin traicionar a las otras

Rutas de Villa El Salvador

Mike Figueroa Vásquez

Ruta A

Ya no recorro más las calles,
ni los lugares concurridos
donde el humo en las tardes
no nos permite ver el rostro de los otros,
o nuestro propio rostro en ese espejo del bar,
al fondo,
detrás del hombre que prepara los cócteles,
el humo de los cigarros encendidos para pasar el tiempo.
Siempre hay un hombre que prepara los cócteles.
A veces, prefiero solo un parque
y el silencio
azul común.
A veces,
no quisiera encontrarte, Alejandra...
Quizá sería más inteligente huir de ti.
¿Qué quiere decir tu nombre, Alejandra?
Tu nombre en este parque,
escrito por mí, con una piedra
contra el suelo
una piedra que recojo al azar
(aunque el azar no exista).

Ruta B

Ayer mataron a un tal Rosas, dirigente vecinal.
El culpable asomó a las cinco de la mañana.
Ser inhumano cínico.
No hay tombos
En nuestras calles sin tiempo.

Mi espacio es todo de arena
De arena soy yo.
Y de arena también son las vidas futuras
Y las pasadas
Mi tierra es una tierra robada
Limpiamente robada con sudor y sangre y puños.
Todo un pujo.

Ruta C

Espacio renacido
Por ser la puerta de entrada a la muerte.
Lúdico y de hoteles baratos.
Y de óvalos de escape
A cada cinco cuadras.
Escapes para todos: para vivos y para comerciantes,
Que son la nueva forma de esclavitud.

Ruta D

La muerte juega a desollar pollos
gota a gota
en todas las avenidas.
Las pocas avenidas que nos quedan
en los ojos.

la palabra, mi arma

Gustavo Gac Artigas

amo la palabra
por lo que puedo dispararla
sin herir a nadie

amo la palabra
por lo que me engaña
sin hacerme daño

amo la palabra
por lo que me permite viajar
en sus alas

amo la palabra
por lo que es generosa
y me arropa en sus brazos

amo la palabra
por lo que se deja poseer
sin poner condiciones

amo la palabra
por lo que defiende al indefenso
y desarma al ofensor

amo la palabra
por lo que no se deja dominar
y se ríe de la ortografía

amo la palabra
por lo que es chúcara
como los caballos salvajes de mi tierra

la adoro
y a veces ella también me ama
la odio
y a veces ella también me ama

corre, corre libre por las páginas en blanco, corre por
[la imaginación en busca de un refugio,
disfrázate para esconderte de los dictadores, de los que quieren
[amarrarte, de los que no te
entienden y cruzan con un puñal tu rostro, corre, corre amada mía
puta que no cobras, puta del amor, puta de la piedad

me desvirgaste
y me hiciste conocer el placer

me diste el placer
y me hiciste conocer la nostalgia

me heriste
para que aprendiera a defenderme
me diste la fuerza en la pluma

para que pudiera golpear
para que pudiera acariciar

me hiciste hombre
y al hacerme hombre
me hiciste humano

me hiciste humano
y me diste el dolor

al darme el dolor
me quitaste la pretensión
de sentirme fuerte

al hacerme débil
me quitaste la tentación
de dominar

al no poseer
me poseyeron
me transformaron
me enriquecieron

la palabra
mi palabra
esa que no pertenece a nadie
que de nadie se deja poseer

mi palabra
que se desvanece en el viento
que cabalga en una idea

mi palabra
mi carcelera
y la clave de mi libertad

hoy
hoy vivo lejos de mi tierra y te traje escondida al fondo de mi valija,
[vieja maleta de cuero

hedionda de recuerdos, te pasé sin declararte por las fronteras,
[cómo explicarles que eres mi
única pertenencia, mi tesoro y que yo soy tu herramienta

alguien barría el piso del aeropuerto, cuando crucé los controles
[se acercó y en voz baja me dijo,
tenga, al pasar se le cayó una palabra, cuídela, se pierden
[con facilidad, o enloquecen y pierden
su sentido.

Trance

Olga Herrera

Inocente como el agua
las grietas de este mundo
que visten los suelos
han de preocuparse
¡o mejor no!

¿Por qué y para qué
se vive?
Para ser
como el agua,
el aire,
o el pájaro
que no pregunta

Su éxtasis
solo cantar
es endorfínico
escribir en trance
y es éxtasis
también sutil
ser agua y aire

Rumichaca

Ana Paula Martínez Garrigos

Si las fronteras son políticas
¿cómo concebir una fortuna
distinta para los cuerpos?

A los cuerpos
en medio del puente
los une un río
hay un nudo
en ocasiones rocoso y delgado
me dejo llevar
en ocasiones grande y dulce
por el agua

Lo vital es la comunicación
con el agua invisible

Poemas

Jacobo Molina Rodríguez

Osa Menor

Una noche de aliento vaporoso
la osa menor me guiña
con sus siete ojos de cristal pulido;
su mirada arácnida y vigilante
viaja por un mar oscuro de años luz
para absorberme.

Sobrepoblación de una tienda de conveniencia

Los Oxxos son organismos vivos;
cada vez son más las pruebas
que nos llevan a tal afirmación.

Como evidencia fundamental,
la veloz reproducción
de sus sucursales, a lo largo
y ancho de todo el país.
Pero también hay quienes afirman
haber visto a los Oxxos
alimentarse de vecindarios:
devoran casas antiguas,
fachadas de los años treinta.

Se rumora que la Macroplaza
se originó justamente
por sobrepoblación de Oxxos
en el área metropolitana.

Pero yo tengo muy claro
que los Oxxos seguro son
una especie caníbal:
el otro día, sobre Boulevard
Díaz Ordaz, vi un Oxxo
posado sobre otro Oxxo,
devorando a su hermano
cual águila a su presa.

Plátano anacrónico

La oxidación de esta cáscara de plátano
se expande diariamente:
mancha invasiva, envía sus cohortes.
Ráfagas de acies romanas lideradas por Julio César
atraviesan el Rubicón; espadas y flechas emergen
de múltiples brazos; cuñas y sierras avanzan,
en forma de mancha oscura,
para tomar cada rincón de la cáscara.

El nuevo Imperio romano extiende su dominio
por casi veinte siglos
y lucha en una guerra mundial.

Hongos atómicos forman un paisaje bélico
donde millones de cuerpos se desintegran
y las manchas de la Unión de Reinos Fungi
avanzan sobre la cáscara del plátano agonizante,
mientras retroceden las falanges romanas.

Poemas

Zoila Morell

Flores cortadas

Para ti, madre, las flores aromáticas que todos suelen cortar.
Las tímidas lilas que suspiran fragancia en una habitación vacía,
[mueren recordando el jardín.
Tus rosas aprisionadas en vidrio están destinadas a rendir
[sus escudos uno por uno.
Y los ramos, vanos y simétricos, que invitan solo a los más breves
[comentarios de extraños, se
marchitan sin raíces y con desdén por la tierra sucia.

Para mí, las margaritas crecen a lo largo de un camino de montaña,
[rodeadas de hermanas,
sin temor al precipicio.
Y el algodoncillo adornado con mariposas.

Viento sopladas pero valientes, mantén mis flores en el campo.
Tenaz como la achicoria silvestre
que florece en cualquier hendija, agarrándose de la tierra
[para pasar la tormenta.

Una tarde después del divorcio

Esta es la hora para embriagarme.
Cuando la luz se atenúa y el frío dobla la esquina y viene
[por el pasillo.
Cuando hubieras querido comer y yo hubiera comenzado la cena.
Yo pensando en el dinero y las facturas sin pagar mientras veías
[las noticias, dándome la espalda.
Cuando pasabas la mano por mi cintura y yo me quedaba tiesa.
Me ocupaba con la losa.

Esta es la hora para pensar en los amantes.
Atentos y cariñosos, acariciando mi cuello.
Los que nunca piden cenas ni apaciguamientos.
Que se maravillan de su buena fortuna, inclinándose hacia
[atrás lentamente.

Esta es la hora para liquidar cuentas.
Devolverlo, regalarlo.
Maravillarme con los ceros.
Cuando todo es verdad, y todo está contado.
Cuando la cena puede esperar pero el amor no puede.
Cuando el costo es mío. Siempre.
Cuando yo, invaluable pero humilde, aguanto el frío con mantas
[de lana, abrazada por fin.

Lucía

Tu nombre sin decir en las menciones de buenas nuevas
quién está embarazada
quién ha dado a luz
Tu nombre en cada recuerdo de ese año, esos tiempos
Tu nombre en la edad que tendrías ya
Tu nombre en lo que no es, bordado con tristeza en las mantas
[de bebé sin usar

Pero tú, tú eres un momento de toda una vida, un estallido
[estelar de alcance infinito
Tu respiración
lentamente
se gastó en el aire viciado de un hospital cualquiera,
cicatrizando corazones para siempre
en un instante de amor prístino.

Pega-mente

Jonathan León

Sigo tu espectro y en el camino me hallo a mí mismo:
al niño que hizo hogar en la calle de al lado
imposibilitado por la pobreza de no tener patria,
de no tener manos, pies, ni alma de refugiado.
Sus caninos incrustados en el cemento
son mis centavos que perdí al lanzarlos a la fuente
pidiendo:
que el pecho de mamá no sepa a pegamento
que los puños de papá no lastimen el pecho de mamá
[que sabe a pegamento
que los chapas amarren los puños de papá para que no lastimen
[el pecho de mamá que
sabe a pegamento.
Y lloro,
porque los puños que caen sobre mi cara
huelen a sangre y pegamento;
inhalo
lo que un día fue el pecho de mi madre.

Basquiat en clave de plaga

Lucía Orellana

el día se rompe y se repara como una cicatriz
el tiempo
es una mancha informe
dientes calzados con decibeles
plantas secas que surgen de la voz
brazos tentáculos pasmados

para que no alcancen y no toquen
si el amarillo envuelve el blanco carece de rostro
a veces un perfil no nos miramos
auras desdibujadas más bien huecos
desconectadas de ojos y cerebro
con gatos o conejos hidráulicos en vez de corazón
lápices como cohetes mal guiados
todo es un afuera desde este adentro
que no permite distinguir una pagoda de un petardo
los gruesos trazos los gemelan
y la cara sigue siendo un grito
y la huida es hacia arriba
hacia el aire virulento
empujados por el golpe
de un pasado
en el que traicionamos el futuro

El sudor como golpe

Erika Pérez

Es el sudor de la camisa
tendida
y huérfana,
lo que impide ver el símbolo;
es lo húmedo que transita en dos mundos
como representación de lo tangible
las arrugas
en la tela.

Está el sujeto que suda
distraído
fuera de centro.
Sin nada más que el golpe del viento.

Son esos dos mundos
los que toca la camisa
y los que palpa la piel.

Poemas

Alejandro Reyes

Inspirar

Un jardín en un trozo de desierto,
donde colibríes y cardenales dibujan la tarde,
tu magia.
Multiplicar el pan, con unos cuantos pesos,
para alimentar una familia y a todo aquel que toque a tu puerta,
tu don. ¿Y el amor?
Nunca fue el de palabras innecesarias
ni besos piadosos. Ha sido lluvia en el estiaje.

Lazar nubes en estos páramos
ha desgastado tus oídos, ojos y huesos. Pero no dejas
de escuchar cuando los cactus florecen. Y continúas
con la mirada clavada en la esperanza.
Tu brazo se ha roto al abrir la puerta. Pero el otro
no permite que se cierre.
Presientes a la noche aproximarse por el llano
y aún no concluyes con tus tareas.
Los fantasmas no te espantan ni el frío
ni el silencio; sí, el errático vuelo de los pájaros.
Debes tomar una pausa; el sendero todavía anhela
tus pasos que, tantas veces lo ha dibujado. ¿Qué sería
de esta tierra salitrosa sin tus pies como inspiración
para que las raíces cobren vida de nuevo?

Sacrificar

Desuellas, con fuerza y delicadeza,
hasta el arrebol de otoño. La sangre
de las ovejas, desbordada del recipiente,
y el sudor que resbala por tu rostro
refrescan esta tierra cubierta de espinas. Las lágrimas,
al igual que la lluvia, son una historia casi olvidada.
El cuchillo mellado es sostenido por tu mano
ya cansada pero aún firme; apunta a la luna menguante,
que tímida asoma por el Picacho, como señal de ofrenda
para calmar la furia de los tiempos.

Los cadáveres penden del pirú;
sus corazones, en una cubeta, palpitan aún.
El viento de mariposas blancas te recuerda
que las tumbas se deben desyerbar y que la pensión
ya no soporta un tirón más. Colocas las zaleas
y los sueños sobre la cerca de chilayos. Te cubres
con una chamarra; el frío anuncia la helada
y te hace recordar las viejas fracturas.
No hay espacio para el arrepentimiento. Debes continuar;
la noche está cerca.

Leer

Descifro los símbolos sobre la página. El horizonte
se llena de aves migrantes de regreso al norte. Tu dedo
señala la siguiente palabra mientras sonríes. Dos años en la escuela
(porque el trabajo no pudo esperar) fueron suficientes
para enseñarme a identificar esperanzas entre líneas
y sostenerme de ellas, aun cuando las caídas fueran inevitables.
Tienes miedo. Pero lo ocultas de mi curiosa mirada;
sabes que puede convertirse en una roca que impide los vuelos.

Rezas en silencio. La fe son tus gastados zapatos
de todos los días. Sabes que me distraeré pronto
con los saurios asomados entre los paredones;
con los maullidos de los gatos en las azoteas;
con las abejas que, atraídas por el sonido de los metales, construyen
un nuevo panal en el traspatio de la casa, entre las higueras
y los escombros del porvenir; con los laberintos,
la muchedumbre, los silencios y el alcohol. Ves mi errático aleteo,
el cual también me llevó lejos de dios y, desde
el umbral de tu casa, siempre me ofreces tu bendición.

Poemas sueltos o hilvanados

Silvia Siller

Un diamante de sangre
ruge por nuestros años rotos
Se cernió la belleza ahí,
donde escabullimos picar piedra
hombro con hombro

Restan cenizas que no logran
encementar los enigmas del futuro

Se arrastra una ilusión mal herida,
una luz que sabe a retazos de hiel
y se ahoga en las preguntas:

¿cómo llegamos a la encrucijada?

donde se grita lodo
para canjear perdones

Aquí pesan los grumos
de un engrudo
que no ha soldado el precipicio

Aquí, los taladros del resentimiento
suenan bajo tierra y retiemblan
los andamios que fundaron
nuestra alcoba

Persiste la rotonda donde
atoramos los diálogos
y se enredan en los hilos
de nuestras venas

Vamos a buscar del árbol
una nueva sombra
¿Dónde cayó la semilla
de la manzana madura?
¿Dónde yace del mar
la primera ola
que nos revolcó en su espuma?

¿cómo se apagó el farol de los besos?

Llévame a la plegaria del origen
Llévame a los tiempos ante la voz
Llévame donde se entierra la penumbra

Quiero tus ojos cristalinos
Lavados por las lágrimas
Quiero, en la lejanía,
el resonar del pandero
y aquellos cascabeles
Quiero el jugo del higo
en la rajadura de los labios
cansados de pronunciar
nuevas semillas entre surcos
de nubes

Tuvimos el cielo
posado en nuestras palmas
tuvimos sus palomas
y sus alas,

nos prometieron
paraísos de laureles

¿Qué fue del polvo escarchado?
¿dónde quedó el terciopelo del durazno?
La textura de la madrugada,
áspera y bronce,
aún tiene láminas que queman

Arrullemos el sueño del albatros
sus plumas bailando sobre el pacífico
sobre el agua de sal cicatrizante,
mientras encontramos
la miel
del sendero
para vislumbrar
con paciencia

la otra orilla.

Poemas

Valeria Silva Valderrama

#1

La compasión
Cubre como el oro
La herida mía.

#2

Como mujeres
Mirar hacia afuera
Provoca temor

Oración a los santos oníricos de mi altar agnóstico

Lena Yau

Antes de alzar las manos
y dejar que lluevan sobre las letras
oro
mi altar alternativo
es el misterio flotante
de San Borondón
lo pueblan
agnósticos conocidos
beodos ilustres
grafómanos irredentos
ávidos microcopistas
cultivadores de hambres
duelistas del filo
babélicos involuntarios

san Hemingway
mantén lejos de mí
la botella y la escopeta.

RELATO

Autoficción

Miguel Carpio

Sales y en el taxi decides que en el cuento la esposa será novia y que no ibas a llegar diez, sino casi treinta minutos tarde[1]. Antes de seguir con la historia te preguntas, ¿es esto autoficción?[2] Y, aunque tratas de concentrarte en la pregunta, el celular vibrando te trae de vuelta a la realidad: estás atrasado para una cita a la cual planeaste llegar a tiempo. No terminas de entender cómo pasó; lo más fácil sería culpar a la enfermedad, pero hasta ahora te resistes a hacerlo. No estás seguro si la niegas porque en el fondo tu orgullo no quiere aceptarla, o si todo lo que te dijo ella cuando le contaste[3] finalmente logró hacerse vigente en tu propia autopercepción. Lo único que sabes es que te sientes más tranquilo al ver el mensaje –«No te preocupes, yo te espero»– y sentirte, aunque sea brevemente, comprendido.

Se acerca la fecha de la boda y todavía tienes cosas pendientes[4]. Cosas que, aunque no representan un problema en sí mismas, en el

---

[1] ¿Otra vez escribiendo sobre ti en segunda persona?

[2] Y luego piensas, o tal vez lo pienso yo, ¿en serio crees que, si no eres capaz de identificar, o siquiera entender la autoficción, podrás cumplir tu sueñito de ser el siguiente Nabokov? ¿O, en tu caso, Hasbún?

[3] *¿Enfermedad? ¿Qué enfermedad? Lo que tú tienes es autocompasión. Y no, no necesitas pastillas, necesitas ponerte los pantalones. Pero de una vez, que ya me estoy cansando de esto.* ¿Te acuerdas, hombrecito triste, que tuviste que contar hasta cien para a) no comenzar a llorar, o b) no estrellarle la palma de la mano contra la cara para que dejara de hablar?

[4] Cosas de las que *tú* te tenías que encargar.

contexto actual generan conflicto. Es como añadir un objeto más a los malabares. Porque, además de eso, tienes que ir a esta entrevista –a la que ya vas tarde– y terminar el cuento –que decidiste que sería de autoficción– para esa oportunidad que, según tú, podría llegar a significar algo[5].

El taxi continúa avanzando y vuelves a sentir la necesidad de lanzarte al vacío. Miras por la ventana y ves el precipicio abrirse junto a la avenida por la que vas. Te imaginas el alivio de hacer ese pequeño gesto y así librarte de todo lo que no te deja en paz. Sabes que tu deseo de morir –de desaparecer– podría ser visto como exagerado por los demás, si lo compartieras[6]. Razón por la que, justamente, no lo haces. Además, sabes que no es un deseo genuino, sino que es un síntoma más de la enfermedad[7].

Sales de la entrevista seguro de que todo salió mal. Aunque la persona se mostró comprensiva con el tema del retraso, sabes que todos esos puntos jugarán en tu contra. Te dijo que revisaría tu trabajo y, si valía la pena, lo pasaría a un agente. ¿Pero valía la pena? ¿Darle voz a tu propio tormento en forma de notas al pie era un recurso eficiente, o solo un artificio barato que delataba tu autocompasión? Poco importa porque, a los minutos de salir, te llega un mensaje de ella: «Dime que ya reservaste los arreglos»[8].

---

[5] Una más de tantas, y lo sabes, pero no voy a recordártelo esta vez. Hoy no, mi niño; hoy pareces necesitar ese apoyo que tanto pides sin decirlo y que nunca nadie te da.

[6] *Hay niños sin brazos en medio de la guerra y mujeres secuestradas que nunca más verán a sus familias, ¿y tú te quieres matar porque te atrasaste en salir?* Sí, quizás otros te dirían eso. Pero yo no. Yo sí entiendo tu dolor, mi artista incomprendido, y quizás sea el único en hacerlo.

[7] ¿Por qué me dices así? Sabes que no soy una enfermedad, sino que soy parte tuya. Pero prefiero que me digas así como me dijiste en la última sesión del taller. ¿Pensamientos intrusivos? No, mi payaso triste, con el cariño y comprensión que te doy, esperaba un poco más de ti.

Finalmente llegas a casa y, con la mitad de la tarde libre, decides sentarte a trabajar[9]. En teoría dejar la medicación iba a ayudar a que te concentraras más, pero sabes que no. Sobre todo porque el problema nunca fue la medicación y dejarla fue solamente una forma más de negar la enfermedad[10]. Pero, sin tener mucho más que hacer, terminas llenando las páginas hasta alcanzar el límite máximo de palabras[11].

Tienes miedo de revisarlo. Prefieres saltar directamente a la fórmula mágica. Ctrl+E+Supr. Ojalá en la vida hubiera eso; un conjunto de teclas que permitieran volver a decidir[12]. Pero no. Por eso la ficción te gusta más que la realidad. Porque encuentras una de las cosas que en el fondo anhelas más: oportunidad.

Sigues con miedo de revisar. Pero decides hacerlo. Tardas menos de cinco minutos en llegar al final, sabiendo desde el principio lo que terminará pasando. Ctrl+E. Pausa[13]. Supr.

---

[8] Y no, no lo hiciste.

[9] «A trabajar», dirían algunos, resaltando las comillas. «Por un trabajo de verdad te pagan», dirían otros. Pero yo no, no te preocupes.

[10] Y, todavía más en el fondo, sabes que me has llegado a agarrar cariño, hombrecito sentimental.

[11] Son manchas, piensas. Manchas de vacío disfrazadas de palabras. Tu capricho y falta de talento traducidos en verbos y adjetivos.

[12] O, en tu caso, volver a equivocarte.

[13] No seas tan duro contigo mismo. Sé que me gusta molestarte, a veces hasta llevarte al límite, pero en el fondo yo sí creo en ti. Es decir, tengo que. Si no, con el entorno que te cargas y la poca fe que te tienes, ¿qué más te queda?

Familia

Maurel Cortez

Siempre supe cómo acabarías, pero me siguió doliendo al final, y es que desde que te fuiste no he podido pronunciar tu nombre en voz alta. Cuando te recuerdo lo hago en silencio y con cierto temor a invocarte. Aún ahora, escribiendo esto, temo que estés tras de mí viendo como oprimo las teclas. Porque el otro día Luis te vio por la casa, que andabas así como si nada, dijo. Espero que sea porque olvidaste algo y no porque no estés arrepentido y quieras seguir martirizando a la familia.

El amor familiar es muy extraño, primo, lo sé, se desconfía, se teme, se quiere y se odia a la vez. Cuando estabas fuera de la cárcel me sentía como un ente, pues vivir con la incertidumbre de que alguien te haga daño simplemente no es vida. No me permitía estar donde tú estuvieras y es bien raro porque siempre te quise un chingo, pero ahora no sé si te quiero porque eres familia o porque neta me caes chido. Una vez fui a la casa de la tía Paz, platicaba con ella y con la prima Julia. Estábamos bien contentas haciendo la comida y escuchamos como arrastraron la puerta de entrada a su casa, esa puerta de metal oxidado que estaba unida con unos alambres a un tubo grande y grueso. Entraste, pasaste el patio, nosotras mirábamos por la ventana con incertidumbre, algo de miedo en los ojos, y una sonrisa nerviosa en la boca. Llegaste a la cocina-comedor, nos viste como si nada, saludaste como si nada. Te devolvimos el saludo. En ese entonces todavía se encontraba la cama de los tíos en la cocina-comedor (que también era la recámara principal) así que te sentaste a la orilla, junto a la tía. Esperé unos minutos y me fui

con la misma sonrisa congelada, con el mismo miedo en los ojos. Sin embargo, esto nunca fue visible para nadie, ni siquiera para mi madre, la mujer con los poderes de deducción más impresionantes que he visto. Nunca dejé que se dieran cuenta, solo se podía ver si te acercabas demasiado, pero entre familia siempre estamos escasamente cerca, pues recuerda que no está autorizado sufrir a gritos, siempre debía ser en silencio, un silencio que todos, absolutamente todos escuchaban, pero les gustaba ignorar. A pesar de eso la familia estaba de acuerdo en una cosa: cuando te encontrabas fuera de la cárcel y tu residencia cambiaba a casa de tu madre, todas nuestras casas debían estar bien cerradas porque si necesitabas dinero y ya no podías estar ni un minuto más sin fumar piedra, te metías a cualquiera de ellas o a la de los vecinos, y te llevabas lo que fuera, lo que pudieras vender a buen precio. ¿Recuerdas cuando te metiste a mi cuarto una noche y te llevaste como treinta pesos que tenía en mi monedero negro con rayitas rojas? Te pasaste de cabrón. Yo tenía como 17 años y por suerte estaba completamente dormida. Ese día llegué bien molida de trabajar en la cafetería y prácticamente caí desmayada. Del cansancio ni sentí cuando entraste a mi cuarto. No escuché nada. En la mañana que desperté vi un desmadre por todos lados, la puerta entreabierta, mi ropa tirada en el suelo, en el sillón; mis libros revueltos y mi monedero sin nada, vacío. Por lo menos me dejaste mi monedero.

Supongo que por eso toda la familia te recuerda con tristeza, y es que nadie te pudo ayudar a pesar de que siempre lo intentaron, a su manera, pero lo hicieron. Tu mamá siempre se partió el lomo por ti, eras el hijo que más quería o por lo menos eso parecía. Siempre andaba consiguiendo dinero para sacarte de los separos y hasta de Barrientos. ¡Un barote! Siempre andabas con un chingo de deudas. ¡Sí te pasabas de lanza, cabrón!, veías que no le alcanzaba con el sueldo de trabajadora doméstica y luego que sus patrones eran unos güeros bien mamones que no la dejaban salir hasta que terminara todas las labores del día, así se estuviera desmayando de la preocupación, y

tú haciendo tus pendejadas de que ya te habían vuelto a agarrar robando o de piedroso en las calles. ¿Neta no sentías culero por mi tía?

¿Has pensado en qué hubiera sido de tu vida, y de las nuestras, si no te hubiera consumido la piedra? En primera, estarías aquí, en segunda, podríamos convivir contigo sin broncas y sin temores; y en tercera tu hermano no se hubiera convertido en un muerto viviente que también se está consumiendo por el crico. De esto estoy completamente segura porque el día en que te encontraron todo hinchado y verde, flotando en el río que pasa por la colonia donde vivimos todos, él estaba destrozado y se alejó, se alejó de la familia, de los compas, de la banda, de todos, hasta de mí. Y es que la neta no sé por qué tu jefa siempre te prefirió a ti que a tus hermanos. Tú ya estabas podrido hasta la médula, pero no quería que sufrieras allá adentro, en esa pinche cárcel. Y ¿sabes qué es lo más culero? Que «El grillo», tu carnalito, se tiró tanto al vicio que terminó robando para comprarse su piedra, así como tú. Acabó en la cárcel por robo a mano armada. Le dieron treinta años. ¡Treinta putos-perros años! Y a diferencia de ti, a él no lo pudieron sacar porque ya agarró a tu mamá bien cansada de esa vida, de esa vida de mierda de sacar hijos de la cárcel a cada rato. ¿Y al final qué pasó? Lo que siempre supimos: que a pesar de todo: te mataron, que aun así te moriste, y que todo se fue a la chingada. Todos nos fuimos a la chingada.

Las vidas de Magda

Lea Díaz

La terraza del bar suele estar frecuentada por los vecinos de la zona y por otras personas que acuden al hospital situado en sus inmediaciones. Voces, repicar de cubiertos y platos, risas. Magda se deja acariciar por el sol, tan agradable en invierno, mientras toma un batido y una ensaimada. «La vida es inesperada y no deja de sorprendernos», se dice.

Hacía diez años había comenzado a trabajar en una empresa en la ciudad dedicada a las energías renovables. Cursaba al mismo tiempo un Máster en gestión ambiental. Se encontraba entusiasmada con su primer empleo y el haber dejado su pueblo para instalarse en la urbe. Le gustaba explorar los distintos barrios con su personalidad singular, observar las gentes, los comercios, los mercados. Y se sentaba, como aquel día, en cafés, cervecerías y en los parques. Después de tres meses, le asignaron un puesto de mayor responsabilidad. Ella se había esforzado mucho. Marcos se sentaba frente a ella, en un habitáculo tras un cristal. Era alto y bien parecido, algo mayor. El primer mes apenas intercambiaron unas palabras en la máquina de café. Marcos le sonreía. Al poco tiempo, a Magda le asignaron un proyecto dirigido por Marcos. Durante las reuniones y los eventos de trabajo comenzaron a conocerse y a descubrir que se llevaban de maravilla, y que las tareas que desarrollaban juntos recibían los elogios de sus superiores. Magda ansiaba que fuera lunes para ver de nuevo a Marcos, escuchar su voz, sus consejos laborales, compartir los almuerzos y las pizzas de la tarde cuando debían terminar algo urgente. Por aquel entonces, él la acompañaba a casa en numerosas

ocasiones. Tomaban la misma línea de metro y él caminaba con ella hasta el portal y se despedían. Una tarde salieron del metro y llovía a cántaros. Magda le pidió que se marchara. No quería que se mojara, pero él se mantuvo junto a ella hasta que llegaron al edificio antiguo donde Magda tenía alquilado un modesto estudio. Magda lo invitó a subir para secarse y tomar algo caliente. Abrió la puerta. Iba a encender la luz cuando él la abrazó y la besó. Le susurró algo bonito. Lo preciosa que era, lo dichoso que ella lo hacía. Y no se volvieron a separar durante los seis años que siguieron. Magda se mudó al ático de Marcos en un distrito elegante y tranquilo. Se sentía tan afortunada. Nunca había imaginado que encontraría a alguien con los mismos ideales, con quien pudiera formar un equipo fantástico en la oficina y disfrutar con plenitud fuera de ella: salir a cenar, dar un paseo, visitar una galería o contemplar la puesta de sol en el mirador de su nuevo hogar mientras la ciudad inmensa se perdía en la distancia.

Ellos no hablaban del futuro. Vivían intensamente el día a día. A Magda nunca le importaron los convencionalismos. En realidad, era como si estuvieran casados. Hacían planes con amigos y con las familias de ambos. Sencillamente, eran felices. Magda se quedó embarazada en tres ocasiones. Marcos insistía que era todavía muy joven, que podían esperar. En las tres ocasiones él se ocupó de todo, estuvo con ella en la clínica y le prodigó infinitos mimos y cariños. Sin embargo, la tercera vez Magda tuvo síntomas de depresión. Amaba al ser que llevaba dentro. Se ausentó del trabajo durante una semana y después presentó su dimisión y regresó al pueblo con sus padres.

Magda pidió la cuenta y se levantó. La figura esbelta de antaño se había vuelto más gruesa: su vientre estaba abultado. Había vida. La revisión ginecológica a la que se había sometido hacía apenas una hora había confirmado que todo estaba en orden. No había vuelto a ver a Marcos. Decidió ayudar a su padre en el negocio hortofrutícola. Lo convenció para que introdujera nuevas formas y técnicas de cultivo, diseñadas por ella y respetuosas con el medio ambiente, por las que Magda recibió un premio al cabo de un año. Ese premio

y sus ahorros le permitieron comprar una casa propia y pagar un tratamiento de inseminación artificial.

Magda dejó unas monedas y se despidió del camarero. Continuaba cavilando sobre todos los cambios acaecidos. No comprendía del todo de dónde había sacado las fuerzas para dejar atrás una existencia para muchos de ensueño y empezar de cero. Entonces sintió una patada suave. Sus ojos brillaron y en sus labios se dibujó una amplia sonrisa.

No fue un sueño

Marla Estrada

A veces, sin más ni más, llegan a mí con fuerza perturbadora imágenes que, en innumerables ocasiones, he tratado de recordar y ser consciente de que no fue un sueño.

Yo era muy pequeña y un día, como casi cualquiera, sin aviso, mi padre salió a cruzar la línea al «norte» y comencé a llorar su ausencia por días. En una ráfaga de días arrancados en suspiros intermitentes, una tarde, mi madre empacó, en una maleta azul, su coraje, un poco de ropa para mí y mi hermana, pañales, leche, biberones. Saldríamos a alcanzar a mi padre. Mi abuela materna y mi tío nos llevaron a la central de camiones, donde tomaríamos el autobús a Tijuana, y nos dieron la bendición. Dice mi madre que yo iba muy contenta, sonriendo y como siempre que salíamos preguntaba: «¿Ya vamos a llegar, mami?, ¿Ya vamos a llegar con mi papi?». No medía los peligros, o tal vez nadie de los que supieron de esta decisión, la hubieran apoyado.

Subimos de un autobús a otro. Mi hermana dormida y en brazos de mi madre, y yo abrazada a sus piernas, con la maleta azul y una bolsa. Llegamos a Tijuana, a la frontera de nuestro país, con una central repleta de gente que iba y venía. Nos fuimos al baño y ahí mi madre nos cambió de ropa y nos limpió, y nos alistamos para esperar a la persona que nos guiaría. A las 11:00 PM mi madre me despertó y me dijo: «Levántate, mi niña, ya casi vamos a ver a tu papá». Comenzamos el camino de la *pasada*, salimos de la central y subimos unas cuadras, estaba la carretera en alto y de ahí se veía San Isidro California. Dice mi madre que estaba lleno de luces y que

yo le pregunté: «¿Ahí estaba mi papi?». Ella me contestó que sí y me dijo también: «Ahí vamos, pero guarda silencio, vamos a caminar y encontraremos a tu papi». Dice mi madre que mi hermana y yo solo llevábamos un suetercito y una botella de agua, la noche era cálida y no ocupábamos más. Cruzamos primero la carretera y después, despacio y en silencio, bajamos una pendiente llena de matorrales. Dice mi madre que mi manita estaba bien firme tomada de la suya y que cuando ella se acomodaba a mi hermanita en sus brazos, yo me agarraba fuerte de sus pies. Íbamos lento, pero a pesar de ello, de repente, pisamos tierra suelta y mi madre no tuvo más remedio que abrazarme y nos caímos juntas un tramo como en una resbaladilla. Chon, el guía, se dedicaba a decir en silencio, «que no vayan a llorar». Dice mi madre que veía fuerza en mi cara ilusionada, me abrazaba y me besaba cada que podía por el camino. De pronto Chon dijo: «Métanse debajo de ese arbolito, viene la migra». Dice mi madre que nos tomó a las dos, tapó nuestros ojitos y me dijo despacito: «estamos escondiéndonos, abrázame, cierra tus ojos y no voltees para arriba». En ese momento apareció un reflector muy grande sobre nosotros, se podía ver el campo de tierra, se trataba de un helicóptero, el ruido era muy claro y fuerte, su sonido aún retumba en mis oídos y siento la fuerza del viento tocando mi cara. Sin embargo, no recuerdo haber sentido miedo, porque no sabía en realidad qué habría pasado si nos hubieran descubierto, lo que sí me quedaba claro era que debía estar callada y esconderme, así que hice todo y un poco más de lo que mis fuerzas y entendimiento exigían. Recuerdo que vi cómo la gente corrió a esconderse y también cómo algunos caballos brincaban asustados, daban vueltas y chocaban entre ellos. Se oían taconear sus pezuñas con fuerza y la espera a que se fuera el helicóptero se hacía eterna en segundos que eran todo, menos eso, segundos. Yo solo era una niña escondiéndose sin estar jugando, sin entender qué pasaba, sin cuestionar, con el pecho sobresaltado, descubriendo con escasos años cómo contener todo lo desconocido. Dice mi madre que, desesperada, invocó a mi abuelo

Jesús que había muerto hacía dos años atrás. «¡Papá ayúdame!». Y fue entonces cuando se quedó todo en oscuridad de nuevo e, inmediatamente, Chon se acercó y dijo: «¡No puedo creerlo, no las vieron!». Ya faltaba casi nada, solo cruzar otra carretera y estaríamos ya en los Estados Unidos. Pero al subir la carretera me solté de la mano de mi madre y una señora del grupo pisó una de mis manos. Es extraño, pero recuerdo el dolor del pisotón y también cómo me aguanté para tratar de no llorar. Luego mi madre tropezó y para no tirar a mi hermanita cayó sobre sus dos rodillas hasta el suelo. Cruzamos y empezamos a caminar, hasta que llegamos a una calle y ahí nos recibió una señora en su casa y nos dieron algo de comer. Dice mi madre que yo pregunté: «¿Dónde está mi papi?». Cuánta inocencia, *chingada madre*, una niña cruzando de madrugada la línea divisoria del país más poderoso, una de las fronteras más vigiladas a nivel mundial, porque quiere ir a ver a su padre. La señora de la casa sonrió y me contestó: «ya casi, mi niña».

Llegamos y mi padre, muy contento, corrió a encontrarnos y nos cargó a mi hermana y a mí, también recuerdo que estaba inmóvil con mi madre. No sé si era porque aún no creía lo que veía, porque no pensó que sería tan fácil que lograra mi madre pasar la línea con dos niñas, una en brazos y otra que ni a la cintura le llegaba. Aún no sé cómo consensuaron esta decisión, ¿de quién fue la idea?, ¿quién se lo pidió a quién?, ¿fue una prueba de amor?, ¿un arrebato? Mi madre, por su parte, estaba con un semblante del deber cumplido, con la paz y el coraje mezclados, aún con un remolino en el pecho, un nudo en la garganta y las oraciones en los labios. Siempre supo que lo lograría, no sabía cómo sería, pero sabía que ese día, a esa hora, estaríamos juntos otra vez.

Entramos a la casa del familiar que nos esperaba y dice mi madre: «Se dieron un baño en tina con agua caliente, muy contentas y jugaron con el agua que borró todo lo pasado y vivido hasta ese momento». Tengo muy presente la tibieza del agua, lo contenta que estaba mi hermanita jugando, se respiraba la tranquilidad de mi madre de

tenernos a salvo. Yo también disfruté mucho de ese baño, pero no borró lo pasado, solo cerró la narración de esta historia. Somos nuestros pasos y debemos estar orgullosos de todos, porque la casualidad no existe y el destino tampoco. La memoria, el presente, y solo el presente, son el aliento de vida que tenemos para vernos a los ojos y estrujar con la verdad la existencia.

Apocalipsis

Angélica Labrada

¿A quién iba a decirle que estuvo acostada todo el día? Que el cuerpo no tenía fuerza, ni las manos ganas, ni el corazón motivos. ¿Cómo iba a explicar que la soledad a veces se vuelve un verdugo que piensa por sí solo, que actúa en contra de ese templo en el que vive y, sin avisar, pretende ser quien ordena y hasta quien decide si acaso vale o no la pena seguir respirando?

Pensaba en el tiempo como si fuera un animal escurridizo, ¿un ratón?, no, algo más ágil ¿Quizá un mosquito? Algo que se le escapaba fácilmente.

¿Quince años? Podrían ser un poco más, tal vez diecisiete o dieciocho. Jamás se recuperó de esas pérdidas que llegaron una tras otra como aves de rapiña, zopilotes que deseaban acabarla, y así se sintió después del divorcio, del desalojo, del despido y otras separaciones como aquel embarazo que terminó prematuro, en sábanas a las que nunca pudo devolverles su color original.

El maldito tiempo solo le había regalado pesares. Benévolo con cualquiera que no fuera ella: les daba casas más grandes, autos nuevos, viajes, hijos, nietos. Quizá no la había visto, y si lo hizo, la ignoró por completo, y en ese caso, no sabía los porqués de esos desdenes que cada vez la iban sumiendo más y más en esa cama, de la que ya no quería levantarse.

Su historia no era nueva, lo nuevo era poder nombrarla, saber que no era la única, quizá porque leyó que se había vuelto un tema de interés público. Ahí encontró respuestas a toda conducta irracional, como esa mujer que asfixió a sus hijos, o ese hombre que se lanzó al

vacío. Otros que, como ella, no querían salir de la cama. Había razones, según esas lecturas, una entre ellas que justificaba el comportamiento injustificable cuando nada sabía de la condición de salud mental, y que le venía como una argolla precisa a su dedo: ahí cabían sus preguntas, sus dudas, sus reclamos, pero, sobre todo, ese hueco enorme en su estómago, en su cabeza, en sus días.

Ahí leyó la importancia de lo prudente que era el equilibrio en su mundo; algo así como que su cuerpo, sus emociones y su mente vivieran en armonía. Una sonrisa socarrona salió antes del escupitajo que quedó encima de esos folletos, porque si fuera tan fácil, no necesitaría buscar cómo hacer que esos tres se pusieran de acuerdo.

La cercanía de su cumpleaños le dio náuseas; apagar el teléfono ya no era necesario, los pocos amigos dejaron de buscarla cuando sí apagaba el aparato. Más que escuchar las felicitaciones, odiaba fingir el agradecimiento de ese acto que no había pedido, que le daba una sensación de fragilidad: ella indefensa ante las demostraciones de afecto a las que no podía corresponder. ¿Qué estaba mal? Todo. Lo sabía desde aquella tarde. La que había iniciado con su declive. La tarde en que lo encontró a él tan fundido en el sudor de aquella mujer, que ni siquiera escuchó la puerta, ni sus pasos, ni sus reclamos. Fue el día que él la despojó de sí misma. El día de su apocalipsis.

El entumecimiento por tantas horas postrada no le permitía acercarse con movimientos rápidos hasta la cocina. Las alacenas guardaban un par de latas que bien podían servirle de cena, a diferencia de la nevera que solo contenía el frío que generaba el motor, ni siquiera había un cartón de leche caducada, ni restos de comida vieja que aventaba ahí por si acaso la sacaba de una emergencia como esa, cuando no tenía ánimo para comer.

Decidió regresar y sumirse de nuevo en ese hueco marcado en el colchón viejo; atraparse, hacerse una con el cobertor afelpado que era indispensable en esos momentos para que el enojo que a veces salía disparado con palabras, con golpes, con rasguños y últimamente con cortes en la piel, no la dominara llevándola al abismo. Un enojo

que la dejaba irreconocible de sí misma; una transformación a otra que no era ella, y que no sabía contener, pero que emergía desde sus entrañas cuando algo se ponía peor de lo que ya era.

Su mente seguía girando, una rueda de la no fortuna, sus reclamos internos, la desazón que le hacía compañía arbitrariamente. Tomó otro Temazepam, cerró los ojos y pidió a las paredes, como en una especie de oración, que la dejaran conciliar el sueño, olvidarse de ella, de su cuerpo, de sus huesos, de él, de su pasado, del presente que arrastraba todos sus fracasos.

Quería desaparecer y no sabía cómo lograrlo sin obligarse a reptar por ese mundo que odiaba, pero que era su mundo, en él vivía y en él se estaba muriendo.

Ahí en la mesita seguían los folletos. ¿Quién los trajo? ¿Dónde los tomó? No pudo recordarlo. En las lecturas, unos números de teléfono marcados en amarillo para emergencias. Cerró los ojos. «¡Ayuda!» pensó por un segundo, una ayuda que podía estar en algún lado, esperándola en la inconsciencia del sueño, en sus intentos de levantarse y sus caídas, en la oportunidad o la imposibilidad: un anhelado amparo para toda su desolación.

Vacaciones de sexto grado

Silvia Mejía

Mi mamá ensarta un tubo de hilo nuevo en el portacarretes que, incrustado en la parte superior de la máquina de coser, sobresale como una antena. En la Elgin blanca y celeste que usaba cuando yo era chiquita —y que pesaba como un muerto— esa antena era de metal cromado. En cambio, en la máquina de segunda mano que acabamos de comprar en la tienda de manualidades, acá en Albany, el portacarretes está hecho de un plástico color crema, rígido y liviano, como el aparato mismo. Solo la zona de la aguja es todavía de metal y, a juzgar por la destreza con que mi mamá la manipula, estamos frente a un mecanismo que prácticamente no ha cambiado en mucho, mucho tiempo. Después de todo, han pasado más de seis décadas desde que la vida la expuso por primera vez a una máquina de coser. Entonces era una muchachita de doce años y acababa de terminar la escuela primaria. Continuar con el colegio no había sido una opción para ninguno de sus hermanos mayores y no lo sería tampoco para mi mamá, pero había una Escuela de Corte y Confección en el pueblo, y mis abuelos se las arreglaron para inscribirla.

Viéndolo bien, tuvo suerte. A algunas de sus amigas de la escuela, como la Charito y la Estercita, sus padres ya no pudieron o no quisieron darles más educación. Apenas acabado el sexto grado, las pusieron a ayudar a sus mamás, que a duras penas se alcanzaban con el trajín diario de limpiar y cocinar para todos los hombres de la casa. La cuarta de seis hermanos y la segunda mujer, mi mamá se acuerda como si fuera hoy de que, justo después de acabar la escuela, mi

abuelo, que entonces era arriero, la llevó por primera y última vez a la hacienda del patrón. Era por ahí adentro en el monte, donde hacía más frío, lejos de su pueblo enclavado en las faldas del volcán Imbabura. Allí cocinó por varias semanas para ella y el abuelo, haciendo milagros con las papas y granos que la casa del patrón descartaba. Cuando había suficiente cosecha para llevar a las bodegas de Cahuasquí, acompañaba a su papá y a las cinco mulas cargadas, caminando con dificultad por esos cerros y laderas con los que no había carro ni carreta que pudiese. Lo bueno era que, de regreso, el abuelo la traía sentada en alguna de las mulas ya descargadas. Al cabo de dos meses, cuando finalmente volvió a su casa, llevaba las manos curtidas y la cara pasposa de quien ha pasado demasiado tiempo expuesta a la tulpa y a los elementos.

Las manos de mi mamá iban a guardar para siempre la memoria de esas primeras semanas de adultez prematura. Las manchas dejadas por el sol, los dedos algo deformados por la artritis y la piel, que ella siempre encuentra más áspera de lo que quisiera, cuentan también la historia de las décadas de intenso trabajo que estaban por venir. Por unos segundos, me parece que la apariencia de esas manos no encaja con la sutileza de sus movimientos. Ágiles y certeros, sus dedos pasan el hilo por los múltiples artilugios que pueblan la parte superior de la máquina de coser, todos tan desconocidos para mí que no sé ni cómo nombrarlos. ¿Será que también el abuelo, al ver esas mismas manos darse modos para convertir papas y choclos casi podridos en una sopa que le devolvía el alma a su cuerpo aterido, se maravilló como me maravillo yo en estos momentos?

Quiero imaginarme que hace casi setenta años, poco después de regresar al pueblo con mi mamá a lomo de mula, el abuelo le dijo a la abuela que a la pasposita había que darle un oficio, que ella no estaba destinada a pasar la vida a sol y agua como él. Quién sabe. Quizá lo que en realidad pasó fue que la pasposita resultó ser tan mala cocinera que a su papá le entraron dudas de que fuera a durar en un matrimonio. Lo cierto es que, después de las «vacaciones» de sexto

grado, mi mamá empezó los tres años de Corte y Confección en la escuela de la profesora Zumárraga, y ya nunca volvió a acompañar al abuelo a la hacienda del patrón.

Recobré la vista

Dora Przybylek

Cuando caminaba por la playa mirando al horizonte, sentía que todo era tan aburrido. Los días transcurrían como si no hubiera diferencia entre ellos. Un día, otro día, todos los días eran iguales. ¿Para qué vivir? La había amado tanto y así, sin más, un día Natalia me dijo: «Alejandro, creo que debemos dejar de vernos». Y, sin más, agarró sus cosas, hizo sus maletas y se marchó. Desde ese día, no he creído más en el amor, no en el amor puro que viví con ella. Natalia era la muchacha más hermosa que había visto. Sus largas y bronceadas piernas eran bellas, su cabello rizado y negro azabache, sus ojos grandes, con pestañas que parecían cortinas que me dejaban ver su universo, sus bellos ojos, su mundo, mi mundo. Era bella. Todo lo que yo veía en ella era eso: su belleza era tan grande que me deslumbraba. No podía pensar más que en estar con ella, en conquistarla, desde el primer día que la vi en la playa.

Vivimos juntos más de cinco meses y todo fue hermoso. Despertar al lado de una belleza como ella era estar en el paraíso. Su cuerpo era el de una diosa griega. Me perdía en sus curvas y podía amarla toda la noche, una y otra vez.

Pero ese día, ese día en el que dijo esas palabras y, sin explicación, se marchó, mi mundo colapsó. No supe vivir más. Mi vida no tenía valor. Yo vivía por Natalia y a través de sus ojos, de su cuerpo, de sus curvas, de estar con ella cada noche. Sin darme cuenta, yo ya no existía. Era el hombre que estaba enamorado de Natalia, era el novio de Natalia. Alejandro había dejado de existir.

Todos esos meses, cinco meses largos y divinos, había descuidado a mis amistades. Mis amigas, mis amigos me llamaban, pero ninguno me importaba, mi familia tampoco. Mi madre, mis hermanas me buscaban, pero yo nunca contestaba sus llamadas, sus textos, nada. Mi mundo era Natalia. Mi mundo se esfumó.

Ahora me levantaba y no me duchaba, no me afeitaba, apenas si comía. No sé ni cómo conservé mi trabajo de asesor técnico de una compañía de publicidad. Debido a la pandemia hacía todo mi trabajo de manera virtual y eso fastidiaba mucho a Natalia, pero la convencí de que necesitaba conservar mi trabajo para poder pagar todas las cosas que ella deseaba, la ropa fina que ella merecía, los lindos y elegantes restaurantes a los que le gustaba ir, las flores que deseaba que le regalara para nuestro aniversario cada mes. Ella no trabajaba y yo estaba feliz así, no quería que ningún hombre fuera a descubrir mi hermosa gema, mi Natalia. El solo hecho de pensar que alguien pudiera robármela me torturaba. No se lo decía, pero así pensaba y tenía noches en que no podía dormir cuando ella me decía que estaba con sus amigas. Me decía que necesitaba libertad y su espacio y yo se lo daba. Yo no buscaba a mi familia porque Natalia completaba mi vida, era todo lo que yo necesitaba y, cuando no estaba conmigo, yo pasaba las horas trabajando.

Ahora, sin ella, empecé a pensar que la vida era inútil, que necesitaba quedarme más tiempo en casa, que no necesitaba salir, ya que mi trabajo era virtual. Ya no me cambiaba de ropa, pasaba todo el día en pijama.

Si no contestaba las llamadas de mi familia y amigos cuando estaba con Natalia, ahora era peor, no soportaba escuchar que el teléfono sonara, así que lo desconecté y también decidí no ver más la televisión. Pensé también que había demasiada luz en mi apartamento así que ya no quería encender la luz.

Cada día sentía más necesidad de estar solo. Cuando tenía reuniones de trabajo, rara vez ponía la cámara porque no quería que nadie me viera ni que me hicieran preguntas personales. Algunos de mis

colegas hacían preguntas, pero poco a poco inventaba excusas, y les decía cosas como que tenía personas trabajando en el apartamento y que era mejor que nos comunicáramos solamente por correo electrónico o texto.

Así pasé unos tres meses. Sentía que mi mundo era perfecto. Ya no extrañaba a Natalia, ya no extrañaba nada. Todo era lo que mi vida necesitaba, nada más y nada menos. Hacía pedidos de comida y los dejaban en la puerta. No tenía que salir para nada. Antes corría, montaba en bicicleta. Subí de peso, pero todo estaba bien, me sentía cómodo con unos kilitos más de peso.

Un día, desperté por golpes a la puerta. ¡Parecía que la iban a derribar y que eran los bomberos! Escuchaba gritos que decían «¡Alejandro Hernández!». Tuve que responder. Rompieron la puerta y vi a la policía, los bomberos, a mi madre y a mis tres hermanas; también estaban un par de buenos amigos míos, Felipe y Diana. Alterado, molesto y hasta asustado, les reprendí por haber hecho eso, les dije que habían exagerado la manera de contactarme. No entendía por qué habían armado tanto alboroto y causado un escándalo en el vecindario por haberme alejado apenas ocho meses. Mi madre replicó «¿Ocho meses, Alejandro? ¿Ocho meses? ¡Son cinco años que no sabemos de ti! Son cinco años que no hemos podido contactarte. Vinimos, tocamos a la puerta, llamamos tu nombre. Las luces estaban apagadas, incluso de noche. Pensamos que te habías mudado. La correspondencia estaba acumulada en la puerta. Creímos que habías dejado el país, que quizás te habías marchado con Natalia a su país. No supimos qué hacer. Pero un vecino nos avisó hace un par de días que había visto, desde la calle del frente, una luz en una de las habitaciones de tu apartamento. No lo podíamos creer. Ya hacía años que te habíamos reportado como desaparecido. ¡Dios es grande, hijo mío, él te trajo a mí!» Yo escuchaba lo que me decía sin entender de qué hablaba. No podía ser cierto, ¿cinco años encerrado? ¿Cinco años sin ver a nadie? Yo mismo les agradecí porque realmente no sé cómo estaba vivo. El tiempo había transcurrido y yo no me había percatado de él.

Ya calmados y luego de que me explicaran todo, sentados en las únicas dos sillas que no tenían cosas y libros encima, mi madre lloraba al contemplarme. Estaba horrorizada por mi aspecto. Yo no creía haber cambiado mucho. Me dijo que estaba muy gordo, que estaba sucio, que todo estaba maloliente en mi apartamento. Un médico vino con todo este alboroto y vio en mis ojos que estaba yo anémico y que tenían que llevarme al hospital para que me observaran.

Ya en el hospital los médicos dijeron que tenía anemia aguda, que mi colesterol y mi azúcar estaban muy altos, que necesitaba perder unos 25 kilos, que mi nivel de vitamina D era bajísimo, que tendría que pasar unos días hospitalizado hasta que todos mis valores se nivelaran. Molesto, no tuve otra alternativa que aceptar lo que los médicos, mi familia y mis amigos dijeron.

Pasé una semana en el hospital y salí pero no a mi apartamento, sino a casa de mi madre, quien me cuidaría y vería que me alimentara adecuadamente. Acepté, molesto, pero acepté.

Mi madre era tan buena. Recién volví a mis cabales. Me cuidó con mucho esmero al igual que mis hermanas y mis amigos. Todos habían estado muy preocupados por mí todos esos años. No solamente eran cinco años de total desperdicio de mi vida, sino también los cinco meses con Natalia, a quien ya ni recordaba. Quizás se trataba de un mecanismo de defensa, pero no recordaba ni el color de su cabello, el color de sus ojos, la textura de su piel, la ondulación de sus curvas, tampoco recordaba la suavidad o tensión de sus senos, no recordaba nada de ella. Natalia había desaparecido de mi memoria.

Después de meses en casa de mi madre, luego de bajar los 25 kilos que había subido y que mis valores se hubieran nivelado, mi madre y mis hermanas aceptaron que volviera a mudarme a mi apartamento, que habían limpiado y pintado con amor y cariño. Qué habría hecho sin ellos. Mi vida se había convertido en un gran agujero negro y nunca me di cuenta.

Una mañana, en la que, aunque me sentía mejor, con sentido en mi vida, igual pensaba que la vida era aburrida, como la arena que

estaba bajo mis pies descalzos. Fue entonces que al mirar al horizonte y presenciar el comienzo de un lento ocaso, parada frente a mí, vi a una mujer que llamó mi atención. Era una mujer gruesa, de piernas con una celulitis muy marcada, con un cutis que quizás había tenido acné de joven, su pelo era lacio y desaliñado, como alguien que vivía su vida ocupada y no tenía tiempo de ir a la peluquería. Una mujer que yo diría era fea. Luego, al prestar más atención, vi que me llamaba. Corrí a ver de qué se trataba, estaba con un cochecito y me pedía que la ayudara a sacarlo de la arena, se encontraba atascado. La ayudé y en unos segundos logré sacar el cochecito, en él se encontraba un pequeño niño, de ojitos negros y grandes, de cabello lacio como de la madre, de piel oscura también como la de ella. Luego de ayudarla, quise despedirme, pero Estela, que así se llamaba, me pidió que por favor la acompañara a recoger a su otro niño que estaba en una guardería apenas a cinco cuadras, ya que sola no podría empujar el cochecito y correr, por el tiempo que había perdido sacando el cochecito de la arena, era ya tarde y la guardería estaba cerrando. El rostro de Estela era de puro pánico así que no dudé en ayudarla. Juntos fuimos a recoger a su otro niño. Estábamos ahora con Sergio y Fernando y los acompañé a subir a su apartamento. Estela me pidió que me quedara a cenar para agradecerme por ayudarlos. Pensé que, siendo una mujer sola, Estela era demasiado confiada, no sabía si era yo persona de fiar, aunque sí que la había ayudado y pasado cuatro horas de mi tiempo con ellos. Conversamos durante la cena que fue la más deliciosa que había tenido en años y Estela la había preparado en apenas minutos. Era como si nos conociéramos de toda la vida. Teníamos mucho en común, ambos teníamos tres hermanas, nuestros padres habían muerto hacía tres años, vivíamos en la misma calle, apenas a cinco cuadras de distancia. Los dos éramos piscianos, ella del 14 y yo del 16 de marzo. Reímos mucho, charlamos mucho. La miré y pensé: «Estela es la mujer más bella que he visto». Y es que también reparé que la estaba viendo no solamente con los ojos sino también con el alma. Había estado ciego pero ese día recobré la vista, la vista del alma.

Virginia

Ramón Rivera

El papá de Virginia pensó que le sería fácil llevársela para los Estados Unidos. No sabía que la niña nunca se tomó en serio ese viaje y que, además, estaba expuesta al deseo carnal y la capacidad seductora de los chicos del barrio.

Apenas cumplió los quince, apareció un maldito muchacho *enamorao* más *relambío* que un perro. Los fines de semana ese *tajalán* venía a mi casa desde la mañana, lo botaba y le decía que los enamorados no podían ser tan *trascendío* y lambones. Comía el desayuno, el almuerzo y la cena; solo le faltaba quedarse a dormir.

Pasaron varios meses y la muchacha no podía irse. Cuando los de migración le preguntaron, no sabía el nombre del papá. Como a los tres años le dieron otra oportunidad, pero se le olvidó el nombre de la abuela.

Luego de aguantar boches, desplantes y hasta golpes, el muchacho logró conquistarla. Esos amores sí que me dieron agua a beber. Me destrozaron el sofá y fueron muchas las veces que los vecinos me decían: allí vieron a la niña suya bailando en un solo mosaico con el novio. Otras veces que los veían besándose, o él mamándole las teticas por los callejones.

¡Y malcriado el loco ese!, un día me dijo: «Usted está de envidiosa porque no tuvo un novio cariñoso y buen mozo como yo». Lo que tenía más cerca era el palo de picar la carne, se lo mandé atrás, yo que tengo buen brazo porque tumbaba mangos a pedradas en mi campo. ¡Ay de él si no se abaja! Después hasta risa me dio. Él porque no sabe pero yo también me daba mis apretones por los montes.

A la muchacha le cogió con casarse, no iba a ponerse vieja esperando una visa. Un día, desapareció con el tigre ese. Eso sí, tenía buen empleo porque había estudiado electrónica en el Instituto Loyola y ganaba bien trabajando en una compañía telefónica.

No valió consejo, no valió cuento triste ni de terror. Lo último que hice fue pedirle, rogarle de favor: «Virginia, espera al otro año que yo ahora estoy pagando los muebles y la cama que cogí *fiá* y si te vas, tu papá que es muy *interesao*, de una vez me va a *quitá lo dolarito* que me manda *todo lo mese*».

Le entró por un oído y le salió por el otro, esos dos ya estaban compuestos hacía días. El sábado por la noche se me fue y ni siquiera esperó a la madrugada como hacen muchas. Me entretuve viendo la novela en casa de la vecina. Aquí la luz estaba bajita y cuando regresé vi el claro. Una niña con tanta ropa. ¡¿Cómo diablo hizo *pa* cargarla?!

Al otro día, antes de las ocho de la mañana, aparece esa jodida muchacha con la cara *afligía*, ¡y una ñoñería!

— ¿Virginia y qué fue mi hija?, ¿qué haces aquí tan temprano? Pensé que te vería en varios días con la resaca del amor.

—No tía, he tenido un problema ahí.

—¿Ahí? ¿Qué me estás diciendo mi niña?

—Que eso me dolió.

— ¿Que te dolió qué?

—Yo no sabía que eso dolía.

—¿*Anjá* Virginia? ¿Se te olvidó lo que te decía tu prima Marcia, desde que dijiste que te ibas a casar?

—Pensé que me estaba relajando.

—¡Entonces!, ¿él nunca te había tocado por ahí?

—No tía.

—Sí, ya sé. Lo único malo de eso es lo bueno que es.

—Tía y a usted le gustaban los novios manos suaves.

—No seas fresca, ¡muchachita del demonio!

— ¡Ay tía!, no sabía que era una *puñalá* que le daban a una.

—¡Una *puñalá*! ¿No querías aretes nuevos?, aguanta el pinchazo.

—No, no quiero que él me joda más. Si me vuelve a poner su cosa por ahí me voy a venir *pa cá*.

—Estate tranquila que eso se sanará en unos días. Y dile a ese que lo coja suave, que deje la brutalidad. Que se llevó una niña. ¿Te tratábamos mal aquí?

—No tía.

— ¿Te dábamos puñaladas?

—No tía.

—Entonces ¿No te querías casar? Eso te pasa por desesperada.

—Es que él tiene esa cosa muy grande, tía.

—¿No me digas que no lo sabías?

—¿Yo?

—De seguro que lo sabías. No te hagas la tonta. Pero ya, sin ñoñería. Eso les pasa casi a todas, unas son más guapas que otras. Deja esa franqueza. No puedes andar por ahí diciendo lo que pasa en la cama con tu *marío*. ¿No le habrás contado eso a nadie, verdad?

—Me puse a llorar y la doña de al lado me preguntó que qué me pasaba; y le dije que me dolía ahí.

—¿Cómo que te dolía ahí?

—Sí, que me dolía el toto.

—Pero, ¡¿eres loca Virginia?! De seguro ya todo el vecindario sabe eso. Yo siendo ustedes, me mudo lo más pronto que pueda de ahí. Vete ya, Virginia, y dile a ese *tajalán* que priva en tigre, que los hombres tigres saben cómo tratar a las mujeres; y dile también, que venga por aquí; quiero hablar con él.

—Está bien tía.

—Prepárale un café a tu marío y hazle un buen desayuno como te enseñé.

—Sí tía.

—Ojalá que ese *degraciao* no lo haya hecho de maldad para demostrarnos que no había ofendido a Virginia, porque si es así lo mato.

Petite plaisance

Laura Vit

Has hecho tuya la sabiduría sobre un rincón de la tierra.

Marguerite Yourcenar

Planeando las vacaciones de aquel año me atreví a proponerlo y mi familia aceptó sin condiciones. ¡No podía creerlo! Mi esposo, nuestros dos hijos y sus novias; todos visitaríamos la casa de Marguerite Yourcenar.

Me pesaba alejarme de la escritura de la novela sobre Giordano Bruno en la que trabajaba, pero esa oportunidad no era para desperdiciarse.

Volamos a Nueva York y, turnándonos para manejar, atravesamos cinco estados de Nueva Inglaterra. Nuestro destino era Mount Desert Island, en Maine.

Desde Nueva York concertamos la cita para visitar Petite Plaisance. Debíamos estar allí a las tres de la tarde. Íbamos retrasados. En el último tramo de carretera le cedimos el volante al hijo mayor, el más osado.

Ya en la isla, no encontramos a quién pedirle indicaciones de cómo llegar.

Pasamos varias veces frente a la casa, sin saber que esa era. Cuando al fin la identificamos era media tarde. Tiramos de la campanilla sin resultado.

Me senté en los escalones de la entrada para apaciguar mi desengaño. Mi familia se alejó pretextando ir a un lago cercano; les agradecí dejarme sola y hacer menos evidente mi culpa de haberlos llevado, tras miles de kilómetros, hasta una puerta cerrada. Saqué de mi bolsa el libro de conversaciones con Yourcenar, *Con los ojos abiertos*, y lo abrí al azar: «Recuerdo el último momento de ese trabajo (*Opus nigrum*). Estaba en una hamaca, en el jardín (…) y recuerdo que hice, casi sin saberlo, lo que parece ser un conjuro mágico, (…) repetí el nombre de Zenón quizá trescientas veces, o más, para acercar a mí esa personalidad, para que estuviera presente en ese momento, que en cierto modo era el de su fin».

Unos pasos sobre la gravilla me sacaron de la lectura. Era Jean, la encargada de Petite Plaisance durante el verano. Viendo que no llegábamos había ido a almorzar. ¡Desde luego que podíamos ver la casa! Viniendo de tan lejos, a *Madame* no le gustaría que los dejara afuera, aseguró.

Los jóvenes y mi esposo entraron primero. Yo me detuve en la puerta. No me atrevía a pasar. Me inquietaba la idea de ser una intrusa en la casa donde vivió la mujer cuya escritura me ha acompañado desde la adolescencia. Respiré profundamente y logré traspasar el umbral.

Las ventanas de par en par, los jarrones con flores frescas, los chales sobre el respaldo de los sillones, como en espera de su dueña. En esa habitación no había ausencias; la presencia de *Madame* estaba en el aire.

Recorría la estancia con la mirada cuando reparé en el jarrón azul sobre la chimenea. ¡Ese debía ser! Acababa de leerlo: «Esto ocurrió en otoño, en el otoño de 1929, agitado, para mí y para todo el mundo; era un hermoso día frío, en París. Salí con la magnífica suma de ciento cincuenta francos que me habían dado a cuenta –en esa época todavía significaban algo- y además, era un primer libro, habían sido muy generosos al darme un adelanto. Caminé por la calle Froidevaux, si no me equivoco, hasta la plaza Vendôme, gozando de París

diciéndome: «No es más que un librito, no se sabe qué pasará con él, sin embargo, aquí estoy ahora entre los escritores franceses, hay una multitud conmigo». Estaba contenta. Entré en el negocio de Lalique –todavía existía- y compré, justo por ciento cincuenta francos, un jarrón azul. Tenía un azul lechoso, como el color de ese día de invierno… Aún lo conservo». Allí estaba. Donde ella lo había colocado.

Quería verlo todo para recordarlo de igual manera. Lo más importante: sus libros. Libros invadiendo las jambas de las puertas, desbordándose de los estantes, apilados sobre mesas y sillones.

«Y esta es la habitación en la que *Madame* escribe; de aquel lado de la mesa se sienta Grace, y de este, ella».

Dos máquinas de escribir para testimoniar el amor entre dos mujeres.

Sabía que había sido Grace Frick quien la eligió un día de febrero de 1937, mientras Marguerite tomaba el té con un editor. Los escuchó hablar y, seducida por la singular joven, intervino en la conversación. Se ofreció a acompañarlos al viaje a América que planeaban. Grace y Marguerite se separaron al morir Grace en 1979.

«Esos son los álbumes que *Madame* arma antes de escribir una obra», señaló nuestra guía, «el apoyo visual le es indispensable para crear un personaje y el paisaje donde se moverá; si quieren pueden verlos, están marcados con el título de la obra». Sin dudarlo tomé el de Opus nigrum. Dentro hallé mapas, documentos del Renacimiento, apuntes con su letra, bocetos hechos con pastel blanco sobre cartulina negra. Fue como charlar con ella, que me explicara cómo armaba sus obras. Inesperadamente, me eché a llorar. Jean me miró con simpatía. «No te preocupes, aseguró, mucha gente llora en esta habitación, demuestra que en verdad conocen la obra de *Madame*».

A partir de ese momento, como quien abre un grifo, de mi memoria comenzaron a brotar frases suyas: «…el color es la expresión de una virtud oculta…», «…algunos pájaros son como llamas…», «… la estructura del universo, el misterio de Dios…», «…Detente ¡Eres tan hermoso!».

Salimos al jardín, nos detuvimos frente al estanque. «*Madame* decía que nunca podría alejarse de este jardín, ni siquiera después de su muerte. Desde entonces vive aquí una rana. Sale del agua solamente cuando los visitantes le agradan». El murmullo nos hizo voltear. En la superficie del agua brotaban pequeñas burbujas; detrás emergió una rana parda para mirarnos con sus ojos sabios de batracio.

La visita terminó. Agradecimos, Jean correspondió deseando que regresáramos pronto a visitar a *Madame*. Pregunté si podía quedarme unos minutos más en el jardín, a lo que ella accedió. No podía irme sin repetir el conjuro mágico en busca de la aceptación del personaje sobre el que se escribe. Una brisa ligera recorría las copas de los árboles cuando inicié la letanía: Giordano Bruno, Giordano Bruno, Giordano Bruno…

Este antología se terminó de maquetar
en agosto de 2023, cuando las temperaturas
registraban sus índices más altos
en las últimas décadas y mercurio estaba
entrando en retrógrado
(una vez más).

03

José Higuera López (Tijuana, México) es director del **Instituto de Estudios Mexicanos** de **CUNY**, en Lehman College. Licenciado en Enseñanza del Idioma Inglés, Maestro en Educación y Doctor en Gerencia y Política Educativa. Fundador de la **Biblioteca y Archivos de Estudios mexicanos** de CUNY, así como el **Proyecto de Historia Oral de Estudios Mexicanos**.En 2019 fundó la **Feria Internacional del Libro de la Ciudad de Nueva York**, con el objetivo de posicionar la literatura en español en Estados Unidos, así como difundir las obras académicas y literarias publicadas en este idioma en América Latina, el Caribe, España y Estados Unidos.

Dejanira Alvarez Cárdenas (Guadalajara, México) es la coordinadora general de la **Feria Internacional del Libro de Nueva York**, de la unidad de archivos y la biblioteca del **Instituto de Estudios Mexicanos de CUNY**. Fundadora del club **Las Mimosas**, que promueve la literatura entre mujeres. Ha dirigido diversas estrategias de comunicación y comercialización en eventos deportivos y culturales en México y Estados Unidos; en diciplinas como el golf, el futbol, el tenis y la vela. Asesora de proyectos de desarrollo social enfocados a la educación y el deporte. Cofundó **FILMINIST**, primer festival de cine para mujeres en la industria en México.

Jurado seleccionador

Marta Ana Diz
Carlos Aguasaco
José Higuera López

B SMOL OKS.
smolbooks.com

9 798986 152417